

Obras premiadas en el concurso
JOAQUÍN V. GONZÁLEZ
2023




Edulp

ficción

**OBRAS PREMIADAS EN
EL CONCURSO "JOAQUÍN V. GONZÁLEZ"**

2023

SOCIEDAD ARGENTINA DE ESCRITORES
FILIAL LA PLATA



Obras premiadas en el Concurso Joaquín v. González 2023 /
Oscar Alfredo Sereno...
[et al.]; Prólogo de Martín López Armengol ; Hugo Mársico. -
1a ed - La Plata :
EDULP ; Sociedad Argentina de Escritores , 2024.
Libro digital, PDF/A

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-6568-28-1

1. Ensayo. 2. Poesía. 3. Narrativa. I. Sereno, Oscar Alfredo II.
López Armengol, Martín, prolog. III. Mársico, Hugo, prolog.
CDD 860.9982

Obras premiadas en el Concurso "Joaquín v. González"
2023

SOCIEDAD ARGENTINA DE ESCRITORES
FILIAL LA PLATA



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)
48 N° 551-599 4º Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina
+54 221 644-7150
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN 978-631-6568-28-1

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
© 2024 - Edulp

Índice

| | |
|--|----|
| Presentación del Presidente de La Universidad Nacional de La Plata <i>Martín López Armengol</i> | 6 |
| Presentación del Presidente de Sade La Plata <i>Hugo Mársico</i> | 9 |
| Díscolo <i>Oscar Alfredo Sereno (poesía)</i> | 12 |
| Grúas del astillero <i>Marcos Illarra (poesía)</i> | 18 |
| Versos de la resistencia <i>Oscar Delgado (poesía)</i> | 24 |
| Indicaciones <i>Gabriel Goldstein (cuento)</i> | 29 |
| Donde termina el mundo <i>Irene Behrens (cuento)</i> | 34 |
| Prisioneros de colección <i>Analía Mirta Palacios (cuento)</i> | 39 |

| | |
|--|----|
| A donde vayan <i>Omar Aníbal Musa (teatro)</i> | 44 |
| Límites inmateriales <i>Javier García de Souza (teatro)</i> | 51 |
| Tres <i>Susana María Teresa Tale (teatro)</i> | 58 |
| <i>Mis montañas: el arte de ver através de la imagen auditiva</i> <i>María Amelia Diaz (ensayo)</i> | 63 |
| Pro patria vivere o pro patria mori <i>Lucía Del Valle Cáceres (ensayo)</i> | 71 |
| Ascensión - viaje poético <i>Ana María Merlin (ensayo)</i> | 77 |

Presentación del Presidente de la Universidad Nacional de La Plata

El 12 de junio de 2023, la Universidad Nacional de La Plata firmó con la Sociedad Argentina de Escritores (SADE Nacional) un acuerdo marco que establece que ambas instituciones favorecerán la concertación de programas de cooperación para la ejecución conjunta y coordinada de proyectos de investigación, docencia y/o extensión en áreas de mutuo interés. Dentro de esos intereses comunes se encontraba la celebración del “Año Gonzaliano” por el centenario de la muerte de Joaquín V. González, prominente político, historiador, educador, filósofo, jurista y literato argentino, gobernador de La Rioja, su provincia natal, varias veces ministro y miembro correspondiente de la Real Academia Española, que tuvo a su cargo la nacionalización de esta Universidad.

De la larga vida académica de Joaquín V. González hay que destacar que estuvo al frente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires; que fue el creador del *Seminario Pedagógico*, más tarde llamado *Instituto Nacional del Profesorado Secundario* de Buenos Aires, con un numeroso plantel de profesores extranjeros, especialmente alemanes, que actualmente lleva su nombre; y la creación de nuestra casa de estudios en 1905 con rango de Universidad Nacional, ya que la fundada por Rafael Hernández tenía carácter provincial. Aquí, desempeñaría el cargo de presidente desde 1906 y hasta 1918. Joaquín V. González fue además autor de una vasta

obra sobre los más diversos temas de historia, sociología, literatura y derecho. Entre sus publicaciones se encuentran: *La Revolución de la Independencia Argentina* (1887), *Historias* (1900), *La Tradición nacional* (1891), *Manual de la Constitución Argentina* (1897), *El juicio del siglo, o cien años de historia argentina* (1910), *La Universidad de Córdoba en la evolución intelectual argentina* (1913), *La expropiación* (1915), *Patria y Democracia* (1920), *Mis montañas* (1893) y *Fábulas nativas* (1924). En 1934, se publican sus *Obras Completas* por orden del Congreso de la Nación, edición de veinticinco tomos, con más de 13.000 páginas agrupadas en cincuenta y un títulos.

Como fruto de este acuerdo entre nuestra Universidad y la Sociedad Argentina de Escritores, el 24 de agosto de 2023, al celebrarse el “Día del Lector”, la SADE hizo imprimir a través de la Fundación El Libro mil postales con la imagen de Joaquín V. González y un fragmento de su poema “El cometa”, que la Filial La Plata distribuyó ese día en diversos puntos de la ciudad. Asimismo, la SADE local convocó a un concurso de poesía, cuento, teatro y ensayo que llevó su nombre y que tuvo alcance regional para los tres primeros géneros y nacional para el de ensayo. La mayor parte de los doce jurados que intervinieron en este concurso fueron profesionales universitarios y egresados de las aulas de la Universidad Nacional de La Plata. Sin desmedro de los autores premiados en los géneros ficcionales, queremos destacar a los que resultaron ganadores en ensayo, con trabajos referidos a la obra de Joaquín V. González y que ahora enriquecen la bibliografía sobre nuestro fundador: primer premio: María Amelia Díaz (Castelar); segundo premio: Lucía del Valle Cáceres (Los Olivares, La Rioja); tercer premio: Ana María Merlín (CABA); Mención: Viviana Bermúdez-Arceo (CABA).

Hoy nos resulta grato ver los trabajos premiados en el Concurso “Joaquín V. González” de la Sociedad Argentina de Escritores Filial La Plata publicados por la Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, sello editorial de nuestra casa de estudios que ya ha editado más de 600 publicaciones de investigadores y académicos, como así también de autores y escritores de ficción, historia, cultura, poesía, folklo-

re, teatro, música, diarios de viajes e ilustraciones. La Editorial forma parte de la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales, cuyo objetivo esencial consiste en generar un instrumento eficaz para favorecer la promoción, transmisión y circulación del saber surgido en los órganos de publicación de las casas de estudio nacionales.

Mg. Martín López Armengol
Presidente de la Universidad Nacional de La Plata

Presentación del Presidente de Sade La Plata

Este libro recoge los trabajos ganadores del Concurso “Joaquín V. González” 2023 organizado por la Sociedad Argentina de Escritores Filial La Plata en el marco del acuerdo firmado entre la SADE y la Universidad Nacional de La Plata. 2023 fue declarado “Año Gonzaliano” en conmemoración del centenario del fallecimiento de quien fuera el autor de *Mis montañas* y primer presidente de la Universidad Nacional de La Plata, y la SADE, presidida entonces por mi predecesor, el Prof. Guillermo Eduardo Pilía, adhirió a través de este concurso a dicha celebración.

El jurado de Poesía, integrado por María Soledad Gutierrez Eguía, Marta Susana de Iraola y Silvia Rodríguez, decidió que el Primer Premio fuera para Oscar Alfredo Sereno (La Plata); el segundo para Marcos Illarra (Ensenada); y el tercero para Oscar Delgado (La Plata); asimismo dispuso Menciones de Honor a los trabajos de Martha Florencia Roggiero (La Plata); Camila Castaños (La Plata) y Cecilia Dalla Lasta (Villa Elisa). Por su parte, el jurado de Cuento, que estuvo compuesto por Rodolfo Urbina, Elvira Yorio y Raquel Dulau Dumm, otorgó el Primer Premio a Gabriel Goldstein (La Plata); segundo a Irene Behrens (City Bell); y tercero a Analía Mirta Palacios (La Plata); y le concedió una Mención de Honor a Hilda Beatriz Wynne (La Plata). El jurado de Teatro, conformado por Adriana Sosa, Alejandro Santucci y Guadalupe Gandola dio el Primer Premio a Omar Aníbal Musa (Berisso);

mientras que el segundo y el tercero recayeron, respectivamente, en Javier García de Souza (La Plata) y Susana María Teresa Tale (Gonnet); y otorgó una Mención a Martín Filiberti (La Plata).

A diferencia de los anteriores géneros, en que la temática fue libre, el concurso de Ensayo versó sobre la vida y obra de Joaquín V. González y fue de carácter nacional. Fueron miembros del jurado Rafael Felipe Oteriño, María Teresita Minellono y Virginia Amado, quienes dieron el Primer Premio a María Amelia Díaz (Castelar); segundo a Lucía del Valle Cáceres (Los Olivares, La Rioja); y tercero a Ana María Merlín (CABA); como así también una Mención a Viviana Bermúdez-Arceo (CABA). Asimismo, la Comisión Directiva resolvió entregarles diplomas de Finalistas a los siguientes escritores y escritoras: Stella Maris Sanhuesa, Ana Teresa Flores Villanueva, Ricardo Pablo Reca, Noemí Galarraga, Damián Andreñuk, Amparo Soto, Magdalena Noemí Maldonado, Marcos Zocaró, María Guillermina Volonté, Guillermo Cavia, Guido Rusconi, Cecilia Duran, María Mercedes Rementería, Sergio Barayazarra, Héctor Sebastián Reinaga, Gustavo Suárez, Marta Alicia Tomenello, Silvina Laura Sartelli, Lorenzo Calamante y Carolina Pérez.

Con esta publicación, materializada a través de la Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, la Sociedad Argentina de Escritores Filial La Plata cumple el compromiso asumido al lanzar por cuarto año su concurso en esta nueva etapa de la institución. Tanto la organización del certamen como la concreción de este libro han demandado esfuerzos en recursos humanos y materiales, sin duda todos ellos necesarios para aportar un nuevo estímulo al colectivo de escritores de una ciudad con tan larga y profunda tradición literaria y universitaria. En nombre de la totalidad de la comisión directiva, felicito a los ganadores, mencionados y finalistas, y queda lanzado el desafío para el quinto concurso que llevaremos a cabo en 2024.

Hugo Mársico
Presidente de la SADE Filial La Plata

Oscar Alfredo Sereno



Nació en La Plata en 1962. Es egresado del Instituto Superior de Grafología de Bernal. Impulsor de la Asociación Grafológica Argentina y parte de la Comisión directiva hasta el año 2009. Ha dictado clases en la carrera de Grafoanalistas en su ciudad natal, en el Centro de Estudios Grafológicos EGI, y en la Asociación Libre de Escritores y Poetas Hispanoamericanos ALEPH. Ha brindado conferencias en diferentes eventos, fue convocado por medios radiales locales y escribió artículos para importantes periódicos.

Díscolo

1

Extraños son los latidos en la niñez de un capullo.
Un continente se desliza de lado a lado como aves en busca de Dios.
Ellas cargan pañuelos detrás de la polvareda,
como un cadáver exquisito que desparrama las cenizas
como el ancla que cae sobre el campo de los inviernos.
Solo llorar iguala el canto de los benteveos.
Solo la muerte con sus mantos se asemeja al sabor del chocolate.
Cruel semilla en el grito de una madre.
Templo de los sueños en el ojo triste de la tierra.

2

Del otro lado, en la espalda sin boca, en las pisadas sin historia.
Un mural esparce el suspenso entre la mente, siempre sucede
en el amanecer del
insomnio, en el amamantamiento de las sombras, en la silla
donde se apoyan los huesos.

3

El hombre se desliza entre una multitud incompleta de pronombres.
Anda detrás del destino, solo son letras que
escapan del altar, quién sabe por qué
dejan las puertas abiertas.

4

Caen cristales en la piel del alma, la persona escapa, oculta su
rostro en el
maquillaje de la esperanza.

Las voces dicen:

La locura se releja de manera diferente, en el
desapego de los cuerpos, en una bebida espirituosa, en el castigo
que encarcela

los síntomas que deja el humo.
Luego
aparece lo terriblemente bello.

5

En cada madeja de lana
En cada gota de azúcar
En el aire que danza entre las nubes
La metáfora vive en el mundo de los credos.

6

Huir

es desandar la acidez que derrama el tiempo
juntar los velos perdidos en la playa
unir otros destinos
comenzar a gestar la herencia, en cada poro de la piel.

Luego

fallecer un día de estos
dentro del aliento.

7

No sé si las palabras se alojan en el centro de mi mano
O son puntos rodeando mi cabeza.
No sé si los pastos crecen en mi garganta
y florecen como terrones rosados.
No sé si la noche es nacarada
y las moscas buscan refugio en mi cabeza.
No sé
cómo hablar del amor
cuando los abrazos asfixian.

8

Me sedujo la pena que ancla en el rostro.
En el centro de sus labios
navegan los instantes con fragancia a rutina.
Pobrecita ella, que antes de percibir la muerte prepara la última cena.

9

Ella me pertenece una noche.

Sujeta mi alma en cada palabra.

Hay sabanas que no esperaran

Necesitan del roce inasible que esconde el templo de Dios.

Mientras los ríos y mares son una sola.

El paraíso sopla pétalos de luz

No hay piedad

Solo un dueño atreviéndose a todo.

10

Hay otra vida intrusa en el corazón del hombre

Descansa en las luces boreales que suelta el cielo.

Dicen

que viene a sembrar en cada terrón de tierra En las esquinas
de las nubes

En las lajas de la vieja ciudad En las acequias dibujadas

En cada espacio que permitan las manos

Hay otra vida

más allá de los ojos

Más allá del mismísimo desierto

de las entrañas del lobo que arrebató

el caldo tibio de la olla.

Hay

muchas vidas habitando nuestro alrededor

tantas

que el cuerpo renace en cada una.

No interesa el corazón

Basta oler a tierra fértil.

11

El rosal de mi madre no tiene espinas
Tiene silencios que esperan en el margen de una hoja.

Marcos Illarra



Nació en Ensenada en 1983. Es profesor de Lengua y Literatura. Ha participado en distintos colectivos y grupos de teatro. Su labor literaria incluye publicaciones en blogs y revistas independientes como *Revista Tropos* (2007-2010), *Caleidoscopio* (2009-2010) y *Revista O* (2011). Ha publicado los poemarios *Sexy* (Gali Arte Editora, 2020), *Oro* (Editorial Malisia, 2020), *La casa de las mil plumas* (Prueba de Galeras, 2021) y *Fosforitos* (Agnes Casa Editorial, 2022).

Grúas del astillero

1

encaminados
al brazo mecánico de las grúas
llevamos nuestro atado
de chapa naval

montoncito apretado al pecho

estambre o conjetura

el fuego probará
su resistencia

endureciéndolo
para que flote

2

acerque el oído
escuche al barco

adentro hay
veinte compañeros ciegos
tanteando los cables
para darle vida

acerque el oído
escuche al barco
parece que habla

son los remaches
picoteando los oídos
de los obreros
solo ellos
entienden
lo que dice

3

caronte vigila
del otro lado del río
en la orilla quemada

sus ojos de estopa
no distinguen el valor
exacto de la moneda
que clavan a la quilla
de un martillazo

mil australes
cinco pesos
diez centavos

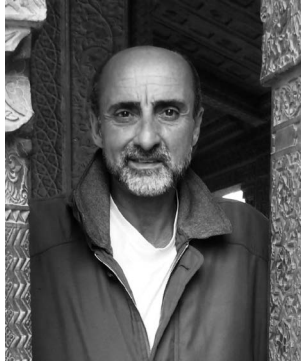
alma de cobre
que protegerá
a los náufragos
en la balsa

4

| | |
|--|-------------------|
| no | tengo |
| el ojo | mineral |
| de los | cíclopes |
| pero | sé |
| que una | mañana |
| Ulises | y su tripulación |
| fondearon | su trirreme aquea |
| en el mismo | lugar |
| donde botamos | los barcos |
| que salen | al río |
| habrán | llegado |
| para curar | sus heridas |
| del mar | mediterráneo |
| atraídos por la urgencia / del mástil quebrado | |
| qué brebajes intercambiaron / con los mecánicos | |
| del taller de reparaciones / sólo ellos lo saben | |
| no tengo el ojo mineral / de los cíclopes | |
| pero | sé |
| que | cuando |
| llegue | a ítica |
| Ulises | hablará |
| del | astillero |

meten la cabeza
en el cuerpo helado
de los buques
están comiendo
están buscando
la bujía de arranque
cuando suba
la presión de aceite
volverán / a su posición / enrollando el cuerpo
y la cabeza / en el centro mismo / de la espiral
cada una / tiene un gruyero / que domina
sus movimientos / con precisión geométrica
para que
no se
escapen
de los rieles
otra vez

Oscar Delgado



Arquitecto (UNLP, 1980) y Magíster en Política y Gestión de la Ciencia y la Tecnología (UBA, 2005). Ha recibido, entre otras distinciones: Premio a la Producción Artística en Literatura (UNLP, 1990), Iniciación (SADE, 1992), Monte Ávila de Literatura Infantil (Certamen Internacional Juan Rulfo, Francia. 2000) y José Boris Spivacow (2003). Ha publicado *La Patria me perdone* (2019), *El mal olor* (2019) y *Adefesios y Mamarrachos* (2020). También ha ilustrado libros de Silvia Schujer, Elsa Bornemann y Santiago Kovadloff.

Versos de la resistencia

- I.** Perfecto me quisieron y perfecto crecí.
Cada cosa en su sitio y un sitio para mí:
en vitrina lustrosa, entre jade y marfil,
un bibelot extraño desde el principio fui.
Que en trinchera de guerra yo mi niñez viví,
y entre normas y reglas ajenas defendí
lo que forjé en silencio:
un mundo para mí.
Distracción peligrosa, tarde la descubrí:
que en el jardín del Amo,
clavel ni margarita,
sólo una hierba fui.
Sus ojos se posaron especialmente en mí,
sus garras me apresaron y, sin quererlo, fui
elegido proyecto que se debía cumplir.
Lavado, cepillado, normalizado fui
y luego etiquetado según plan a seguir.
Así lo asesinaron a ese niño que fui.

- II.** Si yo fuera a morirme tres cosas te diría.
Que amé siempre lo que me fue prohibido, la primera.
Que amé a pesar de todo, la segunda.
La tercera, por fin, que alguna vez me amaron.

III. Cuando por fin te encuentre
allí donde tú estás y te imagino,
florecerán las noches y los días
que angustiantes transcurren mientras tejo
pacientemente la tela que te atrape,
ardientemente el manto que te cubra,
dulce cárcel de amor que nos proteja
para pelear la vida que nos niegan.

IV. Caramba que estoy grave, compañero.
Que mi paso es tu huella
y tu rostro, mi espejo.
Que es mi lugar la sombra de tu vuelo
y es tu risa mi gloria
y tu abrazo, mi puerto.
Caramba que estoy loco,
y no lo siento.
Que en aurora me duermo
y en luna me sosiego.
Que me brotaron alas sin saberlo
y de mi noche escapo
y en tu luz me disuelvo.
Que en tu fuego me incendio, compañero,
y en cenizas me vuelvo
juguete de tu aliento.
Remolino fugaz soy de tu cielo
y en tormenta me estallo
y, apenas bruma, quedo.
Caramba que estoy grave, compañero.
Y no puedo evitarlo
ni lo quiero.

V. Hago el amor así,
desesperado,
sin conciencia de tiempo ni de espacio,
sólo a tu bello cuerpo entrelazado,
ardoroso y perdido,
abandonado.
Hago el amor así,
sin importarme
quién soy yo ni quién eres,
que ya no tengo nombre ni señales,
que ya no tengo edad ni soledades,
que sólo soy un hombre,
por un instante solo sólo un hombre
fundido en otra piel y sin pesares.
Hago el amor así,
desenfrenado,
tu sudor con el mío,
tu calor con mi sangre,
tu gemido y mi grito.
No he prometido nada.
Nada pido.
Sólo el momento eterno en que cumplimos
el rito del amor y del olvido.
Que afuera existe el mundo todavía
pero por un instante me perdona
que por tu luz bañado,
por tus brazos mecido,
por los frutos fecundos de tu cuerpo, vencido,
bendito yo entre todos los hombres esta noche
haga el amor así,
ilusionado.

VI. Hoy encontré tu nombre entre los miles
de aquellos tanto tiempo innombrables.
La letra pequeñita, un número a su lado,
a tu anónima historia epitafio le graban.
Inermes se quedaron las piernas y los brazos
que soñaran correr hasta alcanzarte.
Ahogada fue la voz que te nombraba,
confiscada la risa,
expropiada la calma.
Pues aunque lo supiera,
aunque no te olvidaba,
fue darme cuenta entonces
de que al fin de la noche, estúpida porfía,
todavía te esperaba.
Y no fue suficiente la tristeza.
Que en extraña mixtura
me asaltaron de nuevo
la nostalgia, la ternura, la rabia,
esa culpa infinita que nos queda
a aquellos que la vida ha prorrogado,
y esa pregunta ineludible y vana
por tu instante final siempre ignorado.
¿Qué rostro sin amor te habrá mirado
a través de la venda que imagino?
¿Qué grito habrá frenado la mordaza?
¿Qué abrazo habrá impedido la cadena?
¿O acaso fue la muerte como un rayo
fulminante y benigno
que a tiempo resguardó tu dignidad humana?
Ya nunca lo sabré. Todo ha acabado.
Hoy encontré tu nombre entre los miles
de aquellos tanto tiempo innombrables,
y el mundo se detuvo sin saberlo
para que, solitarios, mis ojos y tu nombre
se dieran un abrazo.

Gabriel Goldstein



Participó en varias antologías, entre ellas *Viajes Literarios* de Editorial La Brújula del Sur (2019). En 2023, publicó su libro de cuentos *Fidel y el árbol* en Ediciones Hespérides. Ganador primer premio del Primer Certamen Literario de la Biblioteca General San Martín de La Plata (2019). Segundo premio de narrativa en el Concurso Ana Emilia Lahitte 2019 de SADE La Plata. Finalista del Concurso Internacional Hespérides de cuento y poesía, categoría cuento, año 2020. En 2021, fue jurado de cuento del Concurso Gabriel Bañez 2021 organizado por la SADE Filial La Plata.

Indicaciones

Nunca le hiciste caso a las indicaciones de la gente. Ni a las que yo te hacía, ni a las de tus padres, ni a las de los médicos y profesionales afines. Ni tampoco a la de los comerciantes, de los plomeros, electricistas o tus profesores. Siempre hiciste lo que quisiste sin darle bola a los consejos de los demás. Hasta al pobre gato lo sometiste a tus antojos. Él quería caminar por los techos e invadir las casas vecinas y vos lo cargabas en una canasta y te lo llevabas a hacer las compras por el barrio. Era lógico que a las indicaciones del dueño del vivero no le ibas a dar ni cinco de pelota.

¡Mirá que había plantas para elegir! Tanto para adentro como para afuera de la casa. No digo miles, pero cientos había. A mí me había gustado mucho una de hojas multicolor, creo que se llamaba crotón. Era hermosa, pero vos no, decías que no iba a hacer juego con la cortina del living. Cuando mierda viste que una planta haga juego con una cortina. El otro que era bellissimo era el ficus de hojas anchas, pero vos tampoco lo querías. Decías que ocupaba mucho lugar si había que ponerlo cerca de la ventana. El señor te ofreció un helecho colgante, tampoco lo quisiste. Decías que con mi altura lo iba a cabecear a cada rato.

Recuerdo la paciencia que te había tenido el cristiano ese. Pobre tipo. Se le notaba en la cara que tenía las bolas hinchadas. Hacía una hora que nos estaba atendiendo, mejor dicho, que te estaba aten-

diendo, pero vos no te decidías nunca. Además a cada indicación que te daba, le llevabas la contraria.

Estuvimos media hora más mirando plantas y cuando parecía que no te ibas a decidir por ninguna, de repente la viste. Fue amor a primera vista. No sé qué fue lo que te llamó la atención de esa porquería. Era horrible. Me preguntaba cómo en un vivero podían tener una planta como esa: insulsa, raquítica, cubierta de espinas grandes, flores muy chiquitas. También tenía las hojas diminutas, de un verde apagado, casi gris. Pero un gris feo, más que feo, horrible. No tenía nada vistoso. Y a vos te encantó. Más que encantarte por gusto, parecía que la planta te había producido un encantamiento, un hechizo. Te dejaste atrapar por ella.

Esa planta no se vende te dijo el hombre. Y vos insististe. Te dijo que no se vendía, que una vez un viverista chino la había olvidado por error junto a otras plantas de un pedido. Comentó que el chino lo llamó advirtiéndole que no hiciera nada con ella, que la dejara adentro hasta que él la retirara. Te dijo que creía que esa planta era peligrosa. Que el oriental le repitió mil veces que no se lo vendiera a nadie.

Pero vos insististe. Lo volviste loco. Le ofreciste el triple de lo que valía la planta más cara. No sé qué le pasó al tipo que al final, aflojó. Se habrá puesto dulce cuando vio tantos dólares frescos. De repente se le fueron todos los reparos. Al final ganaste. La planta vino a casa con nosotros.

Nunca le hiciste caso a las indicaciones de los demás. El hombre del vivero te dijo que la dejaras dentro de la casa, lejos de las ventanas y que la regaras muy poco. Sólo una vez por semana. Te lo repitió tres veces. *No la plante afuera, no la vaya a plantar afuera, le recuerdo que no la plante afuera.*

Al principio cumpliste con su pedido. Pasaron tres, cuatro semanas y la plantita estaba ahí; horrible como siempre. No crecía. Eso dijiste. *La planta no crece. Le falta agua y sol.* Lo primero que hiciste fue ponerla cerca de la ventana. Hasta corriste las cortinas para que tomara

sol. Pasaron unas semanas y seguía sin crecer. La empezaste a regar dos veces por semana. Nada. Tres veces. Igual resultado.

Y como nunca hacés caso a las indicaciones, la plantaste afuera. Y la empezaste a regar todos los días. ¡Por qué carajos hiciste eso!

La planta se transformó.

Al principio se le empezaron a caer las espinas, hasta que no quedó ninguna. Luego empezó a ensancharse el tallo. Se puso muy grueso, como el cuello de un fisicoculturista. Parecía Schwarzenegger. Se convirtió en tronco, lo golpeabas y sonaba a madera dura. Al poco tiempo se agrandaron las hojas y cambiaron de color. Ya no estaba más ese gris enfermizo; era un verde brillante. Y tenían una pubescencia que parecía terciopelo. Le pasabas la mano y experimentabas una suavidad que te acariciaba el alma.

El tema fue cuando aparecieron las flores. Tenían forma rara; parecían orquídeas. Pero más bellas aún. Y un color indescriptible. Yo diría que eran multicolores. Cambiaban de color a cada rato. Eran rojas, pero las mirabas a la mañana y parecían lilas. A la noche eran fluorescentes. Las mirabas de costado eran rosadas y de frente eran anaranjadas. Nunca había visto nada así.

De pronto empezó a crecer para arriba. Como estaba cerca de la pared, se apoyó sobre ella. En el primer mes llegó a los dos metros. En el segundo a los ocho. Al tercer mes se perdió en el infinito. Todo el mundo se orientaba con la planta porque se veía de muy lejos. El tío Juan, que vivía a sesenta cuadras, la veía desde la casa. Era el jalón que orientaba a todos para llegar al barrio.

¿Por qué el gato tuvo que treparse a ella y perderse en la lontananza? ¿Por qué nunca hiciste caso a las indicaciones? ¿Por qué no me diste pelota cuando te pedí que no subieras a buscarlo?

Recuerdo cuando te vi subir. Esa es la última imagen que tengo de vos. Al principio vi cómo te trepabas con ganas y cómo te agarrabas con fuerza al tallo grueso. No escuchaste mis gritos. Trepabas y trepabas sin parar. Después te perdí de vista, te habían tapado las nubes.

Cuando pasó la primera semana, llamé a la policía y a los bomberos. Me dijeron que no podían hacer nada y me recomendaron que yo ni lo intentara.

A medida que corría la noticia empezó a llegar gente. El barrio se convirtió en una locura. Se llenó de vecinos y de no tan vecinos. Sobre llovido, mojado, también vino la televisión. ¡Y los parapsicólogos! Sí, vinieron un montón de brujos. Hubo uno que realizó una macumba para que bajaras.

También vino el dueño del vivero. Y con él, trajo al chino, el que se había olvidado la planta. Me aseveró el chino que no había más remedio, que no ibas a volver más. Me dijo más cosas, pero no le entendí nada porque habló en chino.

Hoy se cumple el primer aniversario de tu partida. La planta se murió hará cuatro o cinco meses. De a poco desaparecieron las flores. Las hojas se achicaron y recuperaron ese gris horrible. También volvieron las espinas. El tronco se secó de golpe y se quebró. Cuando se desplomó aplastó tres casas. Suerte que el resto cayó en el descampado. Tu primo el abogado se hizo cargo del juicio. Lo bueno fue que pude cortarlo y venderlo como leña. Llené cuatro camiones.

Esta mañana, salí al patio y miré hacia la nube que estaba justo encima del lugar donde la habías plantado. Señalé con la mano para que me vieras y me saludaras. Como de costumbre, no hiciste caso a las indicaciones.

Irene Behrens



Nació en La Plata en 1975, hija de un padre desaparecido y una madre sobreviviente. Es bióloga, docente, ilustradora y comunicadora científica. Escribe de manera discontinua, intercalando el lenguaje poético con las artes plásticas y su pasión por la biología y su divulgación. En 2022, publicó *Turbia*, cuyo eje es la mirada irónica sobre la realidad que la rodea, desde una perspectiva feminista. En 2023, publicó su segundo libro, *intemperie/nido*, con una impronta intimista y testimonial; abandonando el tono irónico, este libro está atravesado por su subjetividad de HIJA. Ambos libros se editaron en Vuelo de Quimera.

Donde termina el mundo

Llegamos al borde de todo. Al punto donde termina la arboleda y ya no queda nada más que pastizal inútil. Hay que seguir adelante. Adelante no hay nada, pero atrás tampoco. Perdimos nuestros árboles y ya no hay dónde anidar. El fuego nos persigue, abrazó nuestra arboleda seca. Llegó intempestivo como llega el fuego, feroz y atronador, una bestia descomunal y hambrienta que devora toda planta y animal a su paso. Llegó anunciándose con crepitares violentos, con olor acre, con la boca caliente. Llegó montado en el viento, veloz, sin darnos tiempo ni ventaja.

Saberlo fue correr. Sentirlo fue un grito de alerta perentorio, fue un instante detenido entre la zozobra y la certeza. Fue tensar los músculos y agudizar los sentidos y gritar. Fue una llamada desordenada al principio, una llamada de muchos animales y de muchas plantas que se convirtió en una disonancia única y coherente. Los árboles lanzaron sus gritos horrorosos de madera agonizante y las estampidas y aleteos desordenaron el aire. La tierra caliente vibró, el incendio no tuvo contrincante. El fuego, el animal más grande y poderoso que habíamos conocido, lamía nuestras huellas. Nunca supimos cuál era su cueva. No pudimos nunca hacer rodeos para esquivarlo. Sólo sabíamos que la sequía y la sed lo despertaban y lo ponían furioso, y que cuando el bosque estaba seco, aparecía descargándonos su voracidad. Al fuego le gusta masticar madera.

Escapar fue colgarse de las ramas y saltar cargando crías. No esperamos a los que no pudieron ser veloces, no esperamos a los que se lastimaron, a los que se cayeron, a los que fueron aplastados bajo árboles vencidos. Nos balanceamos siempre en dirección contraria al humo y al calor. Cuando caímos por la torpeza y el apuro, seguimos corriendo sobre la tierra, sosteniéndonos con los nudillos. Saltamos raíces sin mirar atrás, sin prestar atención a los rasguños, a los vuelos de las aves que nos aventajaban rasándonos las sienes, a los animales pequeños que pisoteábamos. Y si en un desnivel pisábamos mal y caíamos, mejor que la herida no fuera grave, porque había que levantarse y seguir antes de que la bestia nos rozara con su aliento. Antes de que se cebara con nuestra carne, haciéndonos chillar hasta enfriar la sangre de los que oían y seguían en la carrera.

Estamos cansados y maltrechos, somos un grupo pequeño de seres agotados que caminan o se arrastran apoyándose en las manos. Por momentos nos paramos en dos patas, oteamos el horizonte unos minutos como si hubiera algo para ver. Buscamos la promesa de más árboles, de otro bosque. La lejanía nos devuelve una inmensidad azul encandiladora arriba, y un verde de juncos a la altura de los ojos. El fuego no quiso salir del bosque. Lamió los pastos un buen rato, pero cuando llegamos a una zona de charcos, ya no quiso avanzar porque el agua no le gusta. Por fin pudimos descansar, medio hundidos, embarrados, pisoteando y descubriendo un mundo fangoso, poblado de seres que resbalan y fluyen.

Los charcos del bosque no son así. Duran poco, se escurren. Son aguas que corren, van saltando entre las piedras. Las aguas del bosque prefieren las piedras donde hay musgos y algas; el agua ama a esas cosas gelatinosas más que a ninguna otra. Pero el agua del bos-

que no tiene el poder de detener al fuego, es frágil. Es una criatura delicada y brillante como una gema, se extiende fresca y juguetona sobre lo que pasa, y sigue su camino. Si el fuego la toca, ella se asusta y se retuerce, como cualquier otro animal.

Esta inmensidad pantanosa, en cambio, no se parece en nada al agua del bosque. Brilla en partes, pero tiene otro pelaje, otra temperatura, otro temperamento. Es un animal grande y viejo, pesado, de lentos movimientos, pero poderoso. Y así como puede enfrentar al fuego y hacerlo retroceder, también nosotros debemos andar en su lomo con cuidado. Nos deja subir, un poco, pero es traicionera. Acá hay que cuidar las pisadas porque el próximo paso nos puede llevar a una trampa. Lo que parece sólido se hunde, el barro amenaza con engullirnos y las víboras descansan en camas de juncos y no les gusta que las perturben.

Andando vamos. Siempre adelante. Y algún día el pantano se termina.

Este macho que anda conmigo está herido. Lo ayudo a lamerse. Las moscas revolotean, les gusta ir a donde duele. Les gusta la sangre. Pasan muchas luces y oscuridades y él todavía tiene lastimaduras húmedas, pero limpias. Una de las hembras malheridas se agusanó y el olor de la muerte le andaba encima. Gritaba y se enojaba cuando la tocábamos, no podíamos sacarle los bichos. Estaba viva, andaba con nosotros y se movía, pero cada vez tenía más olor a muerte. Estaba lenta y caliente. Teníamos que esperarla. Sus ojos eran un lamento. Al final se murió. Eso pasa con las heridas; una vez que muerden el cuerpo, se lo pueden comer. Se meten bajo el cuero y los pelos y por allí avanzan.

Pero este macho no tiene gusanos, lo ayudo a lamerse y mantenerse limpio.

Ralean los árboles en la sabana. Se ve todo azul, el cielo. El sol es agradable si se cierran los ojos y se lo deja tocar la cara. Nos pica en la piel. Somos un grupo pequeño y maltrecho que se sienta a mirar

un mundo nuevo, por primera vez. Somos un grupo paladeando las heridas de un destierro que va a convertirse en definitivo.

Eso que dejamos atrás no nos espera.

Este macho me acicala y yo le limpio las heridas. No se han agusanado. Pasan luces y oscuridades, las heridas cicatrizan. Quedó lejos eso que creímos que era el borde del mundo. Ahora el mundo se extiende en un pastizal seco y caliente. Juego con este macho. Hacemos morisquetas, juntamos nuestras bocas, palpamos con los dedos la textura de nuestra piel.

Aquí, en este lado del mundo, tenemos que aprenderlo todo. Todo es nuevo. Aquí tenemos que encontrar lugares para cobijarnos y descubrir nuevas cosas que comer. Aquí cambian las temperaturas y los escondites y la forma de correr. Aquí los desafíos nos obligan a observar y aprender. Y a repetir, ritualmente, las cosas que son buenas para nuestra pequeña horda.

Analía Mirta Palacios



Es Profesora en Ciencias de la Educación por la Universidad Nacional de La Plata, Magister en Psicología Cognitiva y Aprendizaje por la Universidad Autónoma de Madrid y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO); Doctora en Educación por la Universidad San Andrés. Actualmente, es Profesora Titular de la Cátedra Psicología Educativa, Departamento de Ciencias de la Educación (FaHCE-UNLP). Es investigadora y autora de numerosas publicaciones. Obtuvo el Premio Concurso Ricardo Nassif, año 1994.

Prisioneros de colección

Los vi llegar con mis propios ojos, desde esta ventana de la portería. Era una mañana de perros, lluviosa y fría como la de hoy. Venían arrastrando los pies, descalzos y encadenados, por la huella de los carros, custodiados por la yuta provincial armada con fusiles y bayonetas. Los trajeron caminando desde el puerto de la Ensenada. Casildo Sosa, que en aquel entonces era el guardián del Museo, me había dicho que eran una especie exótica emparentada con los pumas y que tenían cola como las de los demonios. No sé, pero al llegar a la escalinata, el cacique, un tal Modesto Inacayal, se puso en cuatro patas y le aulló un rato largo a los esmilodontes. Y después, en el portal de las columnas acanaladas, le gritó al Dios con alas de cóndor, ¡winká, gualicho!

Don Francisco los hizo esperar bastante en el hall de la entrada para darles la bienvenida, porque estaba en su despacho con un joven doctor riojano, un tal Joaquín Víctor González que le estaba haciendo un reportaje periodístico para el diario La Prensa de Buenos Aires. Mientras don Francisco charlaba con el riojano, apareció la presidenta de la sociedad pastoral de beneficencia, la señorita Margarita Monteverde, con una comitiva del Jockey Club, y se llevó a dos críos terracota con pelos chuzos, para educarlos como buenos cristianos. La pucha que los alaridos de Inacayal hicieron vibrar las ventanas de todo el edificio. Justo ahí, en ese momento se retiraba González, quien al ver la situación exclamó con voz firme y potente:

—Escuche, señora, y también todos los que la acompañan. Ustedes que parecen tan felices, recuerden que tienen hermanos en todos los rincones de la tierra argentina, tanto en esta ciudad de La Plata como en los todos los ranchos de la cordillera. —Y prosiguió diciendo— esos niños que se llevan, “son argentinos como nosotros, son los que más tarde empuñan las armas para defender a la patria y los que mueren sonriendo porque mueren por ella, aquel pedazo de tierra pobre y desolado donde vieron la luz del sol”¹.

Por suerte, las indias eran muy mansas. Ellas se sentaron en el piso en silencio, frente a los murales de los animales de nuestra Patagonia, y cada tanto se mecían sobre sus regazos. Sólo levantaron las cabezas para mirar el vestido de satén azul y la capelina de Juana Moreno, la hermana de don Francisco, cuando bajó del primer piso con su hija de la mano. Me acuerdo de que, al pasar cerca de ellas, la señora se tapó la cara con su paraguas parisino y exclamó ¡camina por favor Antonia, no mires a esos salvajes!

Al caer la tarde, me mandaron a guardarlos con candado, en el cuartito del depósito del segundo subsuelo, así que los llevé enfilados por la escalerita que está al final del pasillo. Aún conservo en mi memoria la música en perfecta armonía del crujir de las tablas de madera mezclada con el tronar de los huesos de sus pies. Supuse que después de un día tan largo estaban hambrientos y, aunque no me lo habían ordenado, les cociné una olla de sopa con algunos fideos gorgojos que encontré desparramados en la alacena de la cocina. Ahí, entonces, cuando les fui a llevar la olla con el cucharón, los escuché detrás de la puerta hablando raro entre ellos. Enseguida se me vino a la cabeza lo me había dicho doña Filomena, cuando me tiraba el cuerito para el empacho, que así hablaban los seres endemoniados. ¡Madre mía! No me daban las patas para correr hasta la portería. Por las dudas, me encerré también con candado y me puse a rezarle a San

1 González, J. V. (1984). Navidad. En, *Cuentos*. Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni e hijos.

Benito para me proteja. Pero, si de algo puedo dar fe, es que ninguno de ellos tenía cola de demonio, porque los vi desnudos en la sala de Biología Comparada, cuando les estaban sacando fotos para poner en las tarjetas de invitación al quinto aniversario de la fundación de La Plata. Nunca voy a olvidar aquella imagen de Keóken, la mujer de Inacayal, que parecía una diosa tendida sobre una piel de guanaco, con los brazos bajo la nuca y las trenzas largas que le caían por sus hombros.

—Mire, compadre, lo que le puedo asegurar es que desde que ellos llegaron comenzaron a suceder cosas muy extrañas en el Museo. Había días que, en el pasillo donde está el laboratorio de investigaciones científicas, se escuchaban ruidos estremecedores y se sentía un olor a formol que me cerraba el pecho. En la salita contigua al laboratorio, Roque Díaz se la pasaba midiendo y enumerando cráneos.

—¿Será por eso que lo llamaban “el maestro del botín”? Nunca supe porque lo llamaban así. De vez en cuando, el muy engrupido me mandaba llevar bolsas grandes y pesadas de arpillera, con manchas de sangre y olor a podrido, al carro de la basura.

—¡Hombre! No me mire así. Yo tenía que cumplir las órdenes.

Pero los hechos más extraños sucedían por la noche. Una vez, se escuchó cantar a un búho a la medianoche y, en la madrugada, se murieron cuatro al hilo, dos indios jóvenes y dos indias, una de ellas fue Keóken. Fernando Pepe, otro sereno como yo que le tocaba vigilar la morgue, me dijo que los cuatro habían sido envenenados, por las expresiones de sufrimiento en sus rostros, con los dientes apretados. No sé. El Capital no publicó nada de esto. Fue todo un misterio. Se rumoreaba que a algunos de los cadáveres los hirvieron en el patio del fondo para despellejarlos y que los esqueletos se los había llevado don Francisco para su colección privada. También, se rumoreaba que las cabezas las enviaron a la Sociedad Antropológica de Berlín como gentileza institucional.

Al tiempo de estas cuatro muertes, don Francisco me mandó llamar a su despacho y me dijo: —Lechuza, vigílelo de cerca a Inacayal, anda todo el día borracho, perdido y no quiere trabajar. Bájele la

ración de pan a él y a todo aquel que se niegue a trabajar. ¡Ah!, lo olvidaba. Y si regresa el doctor González, por favor, dígame que me fui de viaje. No estoy para andar perdiendo el tiempo con críticas sentimentalistas hacia mi labor científica. A decir verdad, el doctorcito no me había caído mal. Un día vino a la portería y me regaló un libro de su autoría, que tengo acá en el cajón de la mesa y nunca lo leí, se llama La Tradición Nacional.

Posta. Inacayal andaba tarado, hablaba solo, se le caían los pantalones por lo flaco y despedía un olor repugnante. Una noche se escapó del depósito y se metió en la sala de los embalsamados. Allí, en esa sala, encontró a Keóken en una vitrina, que lo miraba con ojos de cristal café, al lado de otra india de San Pedro de Atacama, que había llegado por un intercambio con el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Chile. Las indias eran una de las atracciones más visitadas del Museo. Sobre todo, en los días domingo, cuando la gente distinguida de la ciudad acostumbraba a pasear por el bosque y, también, iba a los eventos de Gimnasia y Esgrima, los torneos de ajedrez, las carreras de caballos, el circo de Pepino 88 o la gala de Juan Moreira en el Coliseo Podestá.

Los gritos de Inacayal al ver a Keóken embalsamada eran truenos ensordecedores.

Corrí lo más rápido que puede hasta la sala y ahí lo encontré de rodillas, llorando y repitiendo con desesperación: aaay, aaay, aaay... aaay, aaay, aaay... Wingká matar a mi mujer, abrir vientre, cabeza, arrancar sesos y corazón sagrado para mostrar. Al verme se me abalanzó y abrazó tan fuerte, que pude sentir su corazón latiendo tan acelerado como el mío. Y así permanecimos abrazados por un rato largo.

—Inacayal, debe regresar al depósito —le dije.

Entonces, el indio me saltó como un puma furioso y quedé tendido inmóvil. El tiempo que permanecí en ese estado me pareció un siglo. Y mientras yo estaba desplomado, el indio rompió la vitrina de Keóken con sus puños y todas aquellas vitrinas que encontró a su paso. Revoleó fósiles, ataúdes, corazas, hachas, hasta una colección

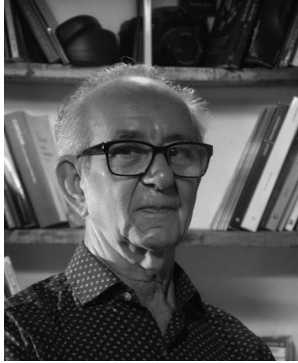
de máscaras del carnaval de los Chañe. Cuando el sol poco a poco comenzó a asomarse cargó el cuerpo de Keóken entre sus brazos y, por las marcas de sangre de sus pies, se supo que caminó hasta la puerta lateral del final del pasillo y subió por los andamios de la construcción hasta el techo del Museo. En las primeras horas del alba, los albañiles encontraron al cuerpo de Inacayal desnudo en las escalinatas de la entrada. Parece que antes de arrojarlo al vacío, Inacayal colgó a Keóken del ábside del pórtico del edificio. Desde el carro de la ambulancia de la cruz roja vi con mis propios ojos cómo se mecía la momia de la india, frente a las alas del Dios de cóndor.

Todos estos recuerdos me entorpecen la vista del ceibo florecido, cada vez que miro por esta ventana de la portería.

¡Cuándo va a dejar de llover!

¿Otro mate?

Omar Aníbal Musa



Ha escrito varios textos teatrales entre los que se destacan *Al borde de la línea* (en colaboración con Nina Rapp); *Delmira (El alma incontenible)*, publicada por la Comuna ediciones, premio mejor obra festival provincial de teatro año 1999; *Mujereando*; *Con cierto placer*; *Don Quijote* (adaptación del clásico de Miguel de Cervantes Saavedra); *La resaca*; *Fragmentos de un relato obscuro* (en colaboración con Johanna Lezcano); *No es Hamlet* (adaptación de la obra de William Shakespeare); y *Entre Luces y Sombras* (junto a Cristina Demo, publicada por Editorial Hespérides, traducida al italiano por Ángela Gentile).

A donde vayan

(Una tarde de sol, en una playa frente al mar se encuentran dos personas. Uno es un pescador parco y silencioso. El otro parece ser un charlatán simpático y entrador. Un diálogo desequilibrado y el agua como un personaje más)

A: Yo sé que le va a parecer extraño esto que le digo, pero piénselo. Estamos aquí, sentados en estas rocas de manera accidental. El agua golpea una y otra vez. Un paisaje majestuoso, no me lo va a negar. Y sin embargo desde esta perspectiva no puedo saber mucho del mundo. Quiero decir que las olas y estas aguas revueltas no nos devuelven una imagen de nuestro entorno, apenas si imaginar si hay un cielo soleado o una tarde cargada de nubes. Soy amante del mar y de este lugar en especial, pero se necesita del agua de un estanque, una laguna o un río de llanura para sentirnos reflejados en la naturaleza y saber que realmente existimos. Ya sé, usted va a decir que de cualquier manera existimos. Puede retrucarme si quiere, correrme con aquello de “pienso, luego existo” y está bien, pero si me veo reflejado al lado de un árbol o si mientras observo esas aguas un pato cruza volando o mejor aún, si mientras miro un colibrí me susurra algo al oído, tendré verdadera conciencia de la naturaleza o parte de ella.

B: Ajá. Si usted lo dice, será así.

(Se corre un metro del molesto hablador)

A: A mí no me alcanza con saber que existo, necesito de los otros para confirmar mi existencia. Dicen que en esta playa, creo que un poco más allá, se suicidó una gran poetisa. Qué muerte tan ideal para una artista, ¿no? Tal vez antes de morir descubrió otra manera de ver el mundo y no tuvo el tiempo necesario o la voluntad de contárnoslo, que loco. Pensar que venimos de allí, de las profundidades y con la evolución o la ... disculpas, iba a decir una pavada de puro negativo. Retomo, decía que venimos de allí y con la evolución perdimos nuestra capacidad de sobrevivir bajo el agua. En una época tuvimos agallas, aunque parezca mentira. Jajaja, no me mire así, dije agallas como las de los peces para respirar, no lo dije como signo de valentía. Tengo sánguches de milanesa si quiere picar algo. No le gustan por lo que veo. Igual no tiene por qué tirarlo al agua. Si me lo devolvía, lo guardaba para después o se lo podía dar a uno de esos chicos que andan por la calle pidiendo para comer. Cada día hay más, ¿vivo? Capaz lo quiere para carnada. De todas maneras, me lo tendría que haber dicho, la comida no se desprecia.

B: Shhhhhh. Por favor, ahuyenta los peces.

(El pescador vuelve a alejarse de su molesto vecino de playa)

A: Usted debe pensar que soy un charlatán o que no tengo nada que hacer. Uno de esos solitarios que cuando enganchan a alguien lo vuelven loco. Me quedé pensando en eso de caminar bajo el agua, por Alfonsina ¿vivo? Me pregunto qué habrá visto justo antes de morir, qué imagen se le habrá venido a la cabeza. Tal vez la fuerza del mar no dio lugar a ninguna posibilidad y todo fue un torbellino, una pared verde y una explosión de burbujas. Tal vez peces huyendo al contacto de su cuerpo, asustados por esa intromisión torpe. Digo porque fuera de nuestro hábitat somos poco armónicos. Jajajaja, usted pensará de qué se ríe este tipo. Me vino una imagen hablando de imágenes. Po-

bres lombrices, usted las trata como si no fueran seres vivos. Cuando lo veo pasar dos o tres veces su cuerpo a través del anzuelo me agarra una cosa, uff. "Qué inhumano" pienso, pero cuando veo cómo nos tratamos entre nosotros, me calmo, al fin y al cabo es una lombriz.

B: Jajajaja. No lo había pensado. Tiene usted mucha razón, a mí me divierte encarnar las lombrices en el anzuelo, es la mitad de la fiesta. Y eso sí, tienen que estar vivas, de otra manera no surtirían el efecto deseado. No serían buena "carnada".

(Se aleja un poco más)

A: Logré hacerlo reír. Imagen, seguro le vino una a la cabeza con estas pavadas que voy diciendo. El retorcerse de una lombriz, un dolor gracioso, chaplinesco, como si bailara al compás de nuestro deseo. Yo me crie en el río, sabe, debajo de los sauces llorones podría decirse, algo que el mar no puede tener sobre su orilla; árboles de río, serenos, húmedos. Allí sí que hay muchas lombrices, les envidio esa capacidad de entrar en la tierra y hacerla suya, vivir en la tierra. Todo un universo de seres a los que ignoramos o que conocemos tarde, porque vamos a la tierra cuando ya no somos, cuando dejamos de ser. Uff, usted disculpe, asociaciones que uno hace, voy a respirar un poco y relajar. Epa, están resbalosas las piedras, si me caigo espero que me ayude, yo lo haría por usted. No ponga esa cara de canchero, a cualquiera le puede pasar. Una ola un poco más fuerte y zas, pato al agua. Jajaja.

B: Este es un lugar peligroso, se lo digo por experiencia.

A: Me imagino. ¿Experiencia en caerse al mar? Nunca me lo hubiera imaginado. Por lo menos de alguna manera me contestó, usted es una persona muy reservada. Se está resfriando, ojo que el aire de mar es traicionero. Qué palabrita, traicionero. Mire lo que son las cosas, usted sabe que viene del latín: "traditio" y es algo así como entrega, transmisión, lo que se entrega o se transmite, la tradición. Pero, siempre hay un pero dando vueltas, también es lo que se entrega al enemigo, dos acepciones tan distintas para una misma palabra. Yo tenía una com-

pañera, bueno era más que una compañera porque en esos tiempos el amor y las ideas iban muy de la mano. Capaz ahora también, esa costumbre de quedarse en el pasado, espero que nunca se escape de mi boca semejante pavada: “todo tiempo pasado fue mejor”. Aunque a veces lo escucho en la calle o en alguna cola del banco. Hay gente a la que le gusta quejarse, no me diga y entonces empiezan con esas frases hechas: “porque antes” o “ojalá volviera tal” o “acá necesitamos alguien fuerte”, cosas así. Espero que usted no sea de esos, por las dudas le pido disculpas, no quiero ofender... se puso serio. ¿O es porque no pica nada? No se corra, me gusta hablar con usted, callado pero atento. Como le decía ella significaba mucho para mí. Trabajábamos en el frigorífico Swift, allá en Berisso. Cuando nos presentaron fuimos a hacer una tarea juntos, cosas de chicos, ¿vio? Y después para hablar con ella un poco más y conocerla, la invité al apostadero de donde salía la lancha para la isla. Porque aunque parezca mentira Berisso tiene una isla, la isla Paulino. La cuestión es que nos vamos allá a tomar unos mates, el agua estaba quieta, en silencio, con el olor ácido de la petrolera. Nos sentamos en las tablas del muelle, viejas y con el aroma dulce de la humedad y ahí nos vimos por primera vez. Nuestras caras y partes de nuestro cuerpo estaban allá abajo, en el agua, mirándonos y riéndose de nosotros. ¡¡Y a su vez nosotros también estábamos riéndonos de esos dos...!! ¡¡No se vaya!! ¡¡No se mueva de ahí!!

B: Hijo de puta. Sos un hijo de puta, tendríamos que haberlos matados a todos.

A: ¡Es una 22 y está cargada! No me obligue a ser como usted. Para qué seguir hablando si conoce el final mejor que yo. ¿No es cierto? Solo vine a decirle que no me olvido y que la encontraron hace poco. Entonces fui al lugar porque... bueno no sé por qué, pero fui. Y allí, en ese pozo estaba su cuerpo dibujado en la tierra, como si se hubiera echado a dormir boca abajo, delimitada por unas maderas que hacen de contención y un techo para que el tiempo no borre esas huellas, sus huellas. Y le va a parecer mentira, pero me acerqué y entre el olor

ocre de la tierra pude sentir el aroma de su cuerpo y hasta recordé su voz y su risa. Su alma o lo que sea estaba allí.

No, no hable, ni lo intente, ahora no quiero escucharlo. Solo quiero que se meta al agua como Alfonsina, que tenga un final digno. Por ahí tiene suerte y el mar lo saca en alguna playa lejos de acá, donde ya no pueda encontrarlo, porque ya lo sabe, a donde vaya... Sáquese la ropa si quiere, cuando se moja pesa mucho y es mejor que al nadar estemos livianos de equipaje. Adiós, no le voy a decir que fue un placer encontrarlo ni tampoco despedirlo.

(La luz se va lentamente y la situación parece quedar indefinida, librada a la imaginación de cada espectadora o espectador)

FIN

Javier García de Souza



Es biólogo, actor y bailarín, doctor en Ciencias Naturales (UNLP) y Diplomado en Comunicación Pública de la Ciencia (UNICEN). Es coordinador en la Dirección de Promoción de la Cultura Científica (SECyT-UNLP) y co-coordinador del Programa de Artes Escénicas y Cultura Científica del Instituto Cultural de la Provincia. Ha integrado diversas compañías de danza y teatro como intérprete, coreógrafo y director, habiendo participado en más de 20 obras. Es autor, coreógrafo y/o director de obras e intervenciones: *Operación Karumbé*, *Paranóptico* (2° premio del Concurso Gabriel Bañez de la SADE La Plata en 2021) y *Flores de hielo* (2do finalista en el Certamen Internacional de obras de teatro de base científica, Teatriem, Madrid, 2023).

Límites inmateriales

Carolina, 40 años, museóloga del Museo Histórico Fuerte Barragán en el futuro.

Naín, computadora central del Museo Histórico Fuerte Barragán en el futuro.

Alejo, 25 años, soldado durante las primeras (fallidas) invasiones inglesas.

Emilio, 25 años, soldado durante las primeras (fallidas) invasiones inglesas.

En la galería del Museo Histórico Fuerte Barragán, Ensenada. Carolina deambula de un lado a otro con una tablet en la mano y un auricular en una oreja, es el año 2100.

Carolina: Sí, claro que sí. (*Escucha*) Ese es el tema, a mí sí me parece importante. Vos sabés el valor que tiene este lugar para... (*Es interrumpida, escucha*) ¿Me estás cargando? (*Mira el techo de la galería*) Estoy viendo el lugar exacto con mis propios ojos en este momento. (*Escucha*) ¿A vos te parece que no sé reconocer una gotera? Que ahora no esté ocurriendo no significa que... (*Es interrumpida, escucha*). ¿Sabés qué? ¡Dejá! ¡Me arreglo sola! (*Corta la comunicación. Habla para sí misma*) ¡Como siempre! ¡No lo puedo creer! (*Se calma, piensa, mira a*

sus alrededores) Lo que es increíble que todo esto tenga más de 500 años y aún esté en pie.

Naín: *(Se oye de repente la voz en off de la computadora central del Museo)* Alerta de revisionismo incorrecto detectada. La última reconstrucción del Fuerte data del año 1801. Hubo previos, incluso de un material denominado adobe que...

Carolina: *(Interrumpe)* ¡Basta! ¿Quién crees que te injertó toda esa data a vos eh?

Naín: No comprendo la pregunta... Pero puedo intentar describir por qué La Ensenada de Barragán es tan importante, desde ser un puerto natural hasta la declaración del Fuerte como Monumento Histórico...

Carolina: *(Interrumpe)* ¡Dije basta! No lo puedo creer, dejar de ser víctima del “mansplaining” para pasar a ser víctima del... ¿cómo sería? ¿“maquinosplaining”?

Alejo y Emilio se esconden detrás de unas bolsas de arpillera. Corre el año 1806 y los ingleses intentan desembarcar. Mientras, Carolina busca una escalera y una caja de herramientas y se prepara para arreglar la gotera ella sola.

Alejo: No me parece bien.

Emilio: A mí tampoco, pero menos me parece que nos obliguen.

Alejo: Sí, Emilio, pero juramos lealtad...

Emilio: ¡Pero, Alejo, seguimos siendo leales! La autopreservación ante todo...

Alejo: *(Se ríe)* Tu imaginario para las reglas me sigue sorprendiendo.

Emilio: Me maravilla que a pesar de todo no pierdas tu increíble sentido del humor.

Alejo: “Para triste está la vida”, me dijiste una vez.

Emilio: “De los demás” debo haber dicho: “Para triste está la vida de los demás”.

Alejo: *(Se ríe)* ¿Así que tengo un increíble sentido del humor?

Se oye un estruendo, como una bomba. Tanto Carolina como los soldados lo escuchan. Los diálogos de ambas líneas temporales se entrecruzan.

Carolina: ¿Qué fue eso?

Emilio: ¿Habremos sido nosotros o ellos?

Carolina: *(A Naín)* ¿Me podés explicar? *(Se da cuenta)* Sí, ya sé lo que dije, no te vas a ofender por favor. Necesito que analices el perímetro y me des un informe de lo sucedido, estamos a punto de abrir al público, ese ruido no es normal.

Alejo: *(Nervioso)* ¿Qué hacemos? ¿Salimos? Quizás deberíamos...

Emilio: *(Le tapa la boca)* Shhh... Ya estamos acá. Si salimos ahora se va a notar.

Naín: Señora Carolina... es más complicado de lo que parece.

Carolina: Bueno, decímelo de una vez.

Alejo: *(Hablando bajo)* Pero no hicimos nada malo.

Emilio: *(También hablando bajo)* Pero podríamos haberlo hecho...

Alejo: *(Intentando disimular su ilusión)* ¿Qué querés decir con eso?

Naín: Analizando los hechos...

Carolina: *(Se impacienta)* ¡Dale!

Emilio: Que parecemos desertores...

Alejo: ¡Ah eso! *(Disimula)* Y sí... yo dije que no era buena idea.

Naín: Tiene que ver con los límites inmateriales, parecen estar defectuosos.

Carolina: ¿Límites inmateriales? Yo no te instalé nada con ese nombre...

Naín: Vienen de fábrica.

Emilio: Tengo una idea.

Carolina: *(Al escuchar nuevamente un estruendo como una bomba)* ¿Otra vez?

Emilio: Cuento hasta tres, corremos y decimos que los ingleses nos habían encerrado y que por eso no llegamos a la formación de las siete.

Naín: Según mi sensor de actividad inmaterial, estamos por experimentar...

Alejo: ¡De acuerdo! ¡Ya!

Alejo y Emilio salen corriendo y gritando desde atrás de las bolsas, Carolina los ve, se sobresalta y grita. Los tres gritan sin entender nada.

Carolina: ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué están disfrazados?

Alejo: (A Emilio) ¿Vos la estás viendo? ¿O me golpee fuerte y estoy alucinando?

Emilio: (Calmándose y mirando a su alrededor) No entiendo dónde estamos.

Carolina: (Intentando controlarse) En el Museo Histórico Fuerte Barragán. Y les voy a pedir que se retiren porque aún es temprano y no abrimos al público.

Alejo: ¿Museo? ¿Público? (A Emilio) ¿Qué está pasando?

Carolina: ¿Esa bomba la tiraron ustedes? Naín, ¿fueron ellos? ¿Qué me estabas por decir cuando aparecieron estos? Naín... ¿Me oís?

Emilio: Doña... (Se acerca a la pared donde hay fotos colgadas) ¿Qué es esto? Parece el río, pero no está pintado... ¿O sí? ¿Qué clase de pintura es esta?

Carolina: (Desorientada) ¿La foto? ¿Ustedes estuvieron consumiendo algo? ¡Ah! ¡Es eso! ¡Vienen de una fiesta de disfraces! Se ve que fue larga la noche...

Alejo: Pero no pasó nada eh... (Incómodo) Digo, entre nosotros. (Se corrige) Me refiero a que no llegamos a la formación, pero... (Mira de cerca el auricular, la tablet, y la ropa de Carolina) ¿Señora es usted una especie de criatura mitológica?

Carolina: Te voy a pedir que no me toques. (Viendo a Emilio que se quedó rígido observando a la distancia) ¿Y a este qué le pasa?

Emilio: Las troneras, los cañones, pero... ¿Y el río? Esos árboles no estaban...

Carolina: ¿No estaban cuándo? Esos árboles están hace como 300 años...

Naín: *(Aparece desde adentro de la sala del Museo, es una persona no binaria)* Alerta de revisionismo incorrecto detectada.

Carolina: *(Que la escucha, pero no la ve aparecer)* ¡Ah! ¡Para corregirme sí hablás!

Naín: *(Haciéndose ver por Carolina)* Sí, y no me va a quedar otra que intervenir.

Carolina: *(Se sobresalta)* ¿Vos de dónde saliste? ¿Y por qué tenés la voz de Naín?

Naín: Soy Naín. Es largo para explicar, pero a ustedes el tiempo les sobra.

Alejo: Estamos un poco apremiados... hay ingleses tratando de desembarcar acá...

Emilio: Alejo, ¿de qué desembarco hablás? ¿No ves que no está ni el río?

Carolina: Eh... yo en teoría tampoco tengo mucho tiempo porque debería abrir el Museo, pero... *(Acercándose a Naín)* ¿Quién dijiste que sos?

Naín: Naín. Lo que para vos sería algo así como la computadora central.

Alejo: *(Siguiendo su relato)* El Capitán de Liniers dijo que no tuviéramos miedo...

Emilio: ¡Pero mirá un poco a tu alrededor! ¿Quiénes son? Nada tiene sentido.

Carolina: *(Tocando la cara de Naín)* No parecés una computadora...

Alejo: ¿Qué es una computadora?

Naín: Bueno, suficiente. *(Tomando la tablet de las manos de Carolina)* Déjenme ver una cosa. *(Observa la pantalla, mira hacia diferentes puntos de la galería. Luego de unos instantes se para frente al público y le habla)* Les pido disculpas. No hay forma de que pueda solucionar esto sin blanquearlo con ustedes. *(Los tres se quedan inmóviles)* Vamos a tener que reformular. Esta cuestión de usar androides para officiar de guías

del museo y representar papeles que pudieran retratar lo acontecido aquí no estaría funcionando. *(Pausa)* Voy a necesitar de su paciencia y complicidad. No quisiera herir susceptibilidades porque... *(Bajando el volumen de la voz)* son bastante sensibles. Activemos nuevamente los límites inateriales y sigamos con la visita. Muchachos a sus puestos. Carolina, todo tuyo.

Los soldados se vuelven a ubicar detrás de la bolsa de arpillera. Naín sale.

Carolina: *(al público)* Les doy la bienvenida al Museo Histórico Fuerte Barragán, les voy a pedir que me acompañen, comenzaremos la visita por la sala de arqueología.

FIN

Susana María Teresa Tale



Nació y vive en La Plata. Es abogada (UNLP), actriz, dramaturga y dirige sus obras teatrales. Actuó, escribió y dirigió *Mosaico Griego*. Su obra *La Conjura Sveikas* fue seleccionada por el Centro Cultural San Martín para el ciclo coproducciones 2002. *Tiempo atrás ellas también habían tropezado* fue distinguida por el Fondo Nacional de las Artes y ganadora del Concurso Regional de Obras de Teatro de La Plata en 2011. En 2014, estrenó *Una mujercita vestida de negro. Melodrama anarquista* y en 2018 *Apnea –no se puede respirar–. Gran Bur* (en coautoría con Patricia Castro) y el monólogo *L.i.d.i.a.* La Editorial de la Universidad Nacional de La Plata publicó *Insumisas*, libro que reúne sus textos teatrales.

Tres¹

Personajes:

El Hipnotizador: Histriónico y exaltado. Mirada penetrante y modos agresivos. Peluca despeinada.

Una mujer.

Hipnotizador: (*a público*) Estoy aquí para proponerles una experiencia sorpresa de hipnosis. ¿Qué es la hipnosis? ¿Lo sabemos? ¿La hipnosis provoca un sueño artificial? ¿Un trance profundo? ¿Puedo persuadir a una persona para que fije una conducta?... Mmmm. ¿Se atreven a probarla? ¿Sí? ¡Bienvenidos entonces al “Arte de la Mente”! ¡Que pase la dama por favor! (*Entra la mujer*) Bienvenida. (*A público*) Voy a pedirles silencio, yo necesito que esta dama, a la que voy a hipnotizar ahora, no se distraiga y pueda escucharme. (*Se acerca a ella y la mira fijamente a los ojos*). Mira mi mano y relájate. Cuando yo cuente hasta tres quiero que cierres lo ojos, respires profundamente y no los abras hasta que yo te diga. (*Cuenta veloz e imperativo*) Uno, dos, tres, ¡cierra los ojos! (*ella los cierra*). Quiero que sientas un imán, un pegamento que te impide abrirlos hasta que te lo mande. ¿Están bien cerrados? ¿Estás lista para esta experiencia?

Mujer: (*tímidamente*) Sí.

H: Lo estás haciendo muy bien. Respira y relaja tu cuerpo, hasta sentirlo pesado, muy pesado. Concéntrate en mi voz, olvídate de todo lo

1 Esta obra es un texto escrito para Teatro por la Identidad La Plata.

demás. Voy a contar del 3 al 1 y descenderás a un estado profundo de trance hipnótico. Todo lo que yo te diga va a suceder, porque confías en mí. Vas a creer todo lo que te digo y a obedecer lo que te ordeno. Tres, dos, uno. ¡Duerme! (*la zarandea como a una muñeca*) Ahora abrirás lo ojos y vamos a jugar un juego. Vas a recordar tríos de personas o de cosas que estén especialmente vinculadas entre sí. ¡Poc! (*hace chasquear sus dedos sobre la cara de ella*)

M: (*abre los ojos y responde como un autómeta*) Padre, hijo y Espíritu Santo. Melchor, Gaspar y Baltasar. Larry, Curly y Moe.

H: (*acota a público, en voz baja*) Los tres chiflados.

M: La Santa María, la Pinta y la Niña. Tres chanchitos. Dórica, jónica y corintia.

H: (*acota*) son columnas griegas. (*A ella*) Muy bien, continúa.

M: Trillizas de oro. Los tres mosqueteros. Las tres Marías. Las tres brujas de Macbeth.

H: (*acota*) Teatro.

M: Danton, Marat y Robespierre.

H: (*acota*) Franceses.

M: Triple alianza. La triple A...

H: ¡Stop! ¡Stop! ¡Cierra los ojos! (*ella los cierra*) La triple A: Alianza anticomunista argentina. ¿Qué es eso? (*Canturrea exaltado*) "Mejor no hablar de ciertas cosas". Borrarnos este último concepto. Desde lo más profundo de tu mente regresamos en el tiempo y desaparece la Triple A. Borrada. Delete. Abre tus ojos y vamos de nuevo. ¡Poc! (*hace chasquear sus dedos sobre la cara de ella, que abre los ojos*)

M: Pasado, presente y futuro. Acción, reacción, inercia... (*vacila*)

H: Adelante.

M: Tres tristes tigres.

H: Bien.

M: Las tres Marías. Los hermanos Marx.

H: (*acota*) Un trio cómico, muy viejo.

M: Los Bee Gees. Fauna, Flora, Primavera. Osiris, Isis y Horus.

H: (*acota*) Dioses egipcios son.

M: Los tres tenores. La regla de tres simple. Y la de tres compuesta. Los tres pelos del diablo. Videla, Massera y Agosti.

H: ¡Stop! (*muy imperativo*) Cierra los ojos (*ella los cierra*) ¡Qué chica esta! ¿Videla? ¿Massera? ¿Agosti? ¿Los tres pelos del diablo? ¿Qué dice? ¡Loca! Vamos a borrar todo también. Desde lo más profundo de tu mente viajamos en el tiempo y desaparece el pasado. Delete. ¡Abre tus ojos! ¡Poc! (*hace chasquear sus dedos sobre la cara de ella, que no abre los ojos. Silencio*) Tu mente me obedece (*vuelve a chasquear los dedos*) ¡Vamos! (*ella abre los ojos y niega con la cabeza*) ¡Querida! (*la mira muy fijo*) Tu mente está abierta a la regresión. Quiero que cuentes conmigo los dedos de tu mano. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, ¿verdad? (*ella asiente, como un autómata*) Ahora borramos el número tres, que tanto conflicto nos trajo esta noche. ¡Poc! (*chasquea los dedos*). Ya no existe, de modo que vas a contar nuevamente

M: (*dócil, cuenta los dedos de una de sus manos*) Uno, dos, cuatro, cinco y seis.

H: Muy bien. ¿Cuántos dedos tienes en esta mano?

M: Seis.

H: ¿Y en la otra?

M: Cinco.

H: Cuenta todos tus dedos por favor.

M: (*ella cuenta, extrañada 1, 2, 4, 5, 6 en una mano y continúa con la otra: 7, 8, 9, 10 y 11*). Once.

H: Excelente querida, tienes 11 dedos (*sonríe cómplice al auditorio mientras ella se mira las manos, confundida*). De la misma forma borrarás al último trío que nombraste. Vas a borrar todo lo que sepas de esos señores... Mejor todavía: vas a borrar todo el pasado de 1976 a 1983. Ese tiempo ya no existe en tu memoria. Lo borramos. Ojos cerrados. Delete y punto final. ¡Poc! (*chasquea los dedos varias veces*).

M: (*firme*) No quiero borrar nada. Todo está presente. Es como si estuviera sucediendo ahora mismo. (*A partir de aquí ella se trasladará con agilidad y lucidez por el espacio, recreando cada una de las postas en una cuadrícula*) Uno: Me persigue una jauría carnicera, tipos que van de uniforme, de civil y de sotana. Corro, corro, corro por las calles mu-

das. Dos: Chicos que gritan. Entro en la escuela de Bellas Artes, subo las escaleras y busco en las aulas, pero los chicos no están. (*Llama*) ¡Claudia, Francisco, Daniel, Horacio! ... ¡No están! (*Mínima pausa, contrariada, registrando que le falta nombrar el número tres*) Cuatro: Los helicópteros cruzan el Parque Saavedra, cañonazos, una casa acribillada por los tiros y se roban a Clarita. ¡¡Se roban a Clara Anahí!!!... Sigo por la diagonal. Cinco: Atado de pies manos, llora un albañil encapuchado en la Comisaría Quinta. Y en esa cocina nace y llora también un recién nacido. Seis: ¿Fuego? ¡Fuego! Alto el fuego. ¡Arde el Teatro Argentino! Siete: En Plaza San Martín, unas poquitas madres se juntan los miércoles a la hora de la siesta. No doy más, me siento junto a Hebe. Momento de descanso. Ocho: ¡Gol, gol, gol de Argentina! ¡Gool! Los argentinos somos derechos y humanos, y el que no salta es un holandés. ¡Silencio! A lo lejos se escucha el llanto de un niño que nace: es el hijo de Laura Carlotto. Nueve: Frente a la plaza grande está la catedral. En la catedral está Plaza, el Monseñor que le reza al Diablo con la puerta entreabierta. Diez: Y entonces, como en el Apocalipsis, suenan trompetas que tocan a muerto, porque parten a la guerra de Malvinas los soldaditos del regimiento 7. Once: Retrocedo. Otra vez a la Plaza Moreno. Es 19 de noviembre y vino el último dictador a los festejos del centenario platense. Los panaderos de la ciudad edifican una torta desmesurada con diagonales y monumentos de merengue: 4.500 kg, 30.000 porciones (*¿30.000?*), 100 velitas y 1 millón de hormigas vengadoras. Nadie puede comer y la fiesta termina en un enchastre. (*Se acerca al hipnotizador y le arranca la peluca*) ¡Patético! No voy a negar el horror. Voy a mirarlo de frente. (*Chasquea los dedos en la cara de H. y levanta despacio y en silencio el pulgar, el índice y el mayor. De cara al público, poderosa, vuelve a contar*) Uno, dos, tres. Memoria. Verdad y Justicia.

FIN

María Amelia Díaz



Bibliotecóloga, poeta, narradora y ensayista. Publicó nueve libros de poesía y uno de cuentos. Traducida al italiano, inglés, francés catalán, hindi, árabe y mandarín. Participó en numerosas antologías en el país y en el exterior. Es presidenta de SADE Oeste Bonaerense. Coordina en CABA el Café Literario "Extranjera a la Intemperie". Distinguida por la Secretarías de Cultura de Morón e Ituzaingó y la Asociación Latinoamericana Poesía, recibió además premios de importantes instituciones, como la SADE (1996 y 2015), Gente de Letras (2012 y 2017), Asociación de Poetas Argentinos (2017), Fundación Argentina para la Poesía (2018), Foro Femenino Latinoamericano (2019), Universidad de Cuyo (2022) y Biblioteca José Ingenieros (2022).

Mis montañas: el arte de ver a través de la imagen auditiva

*“... me gustaría ver que dejáramos de manosear torpemente los
sonidos y
comenzamos a tratarlos como objetos preciosos”.*
Murray Schafer

La tarde era un refugio, he vuelto de la escuela secundaria, me quito el pesado uniforme de sarga azul marino y me recuesto en el sillón del patio para leer. El hecho es que desde la puerta de la cocina aparece mi madre con ganas de conversar.

Debimos haber tocado algún punto significativo porque ella, que es quien me transmitió este amor por la lectura, se retira para revolver entre sus libros de tapas ajadas, y vuelve con uno que prometo leer, se trata de *Mis montañas* de Joaquín Víctor González, en cuyas páginas me cuenta con esa facilidad que tiene para narrar haber visto una Cordillera que no conoce. Pero el libro queda empolvado entre otros libros hasta más tarde, hasta un día que ¡ay! ya sin mamá, y lamentando no haberlo hecho antes, lo leo incluyendo la carta, que ha manera de prólogo, le escribiera al autor Rafael Obligado, donde lo nombra el “Echeverría de los Andes”.

“Buscando reposo, después de rudas fatigas, de esas que rinden el cuerpo y envenenan el alma, quise visitar las montañas de mi tierra natal, ya para renovar impresiones apenas esbozadas en un libro, ya para refrescar mi espíritu en presencia de los parajes donde transcurrió mi primera edad”. (González, 1893, p. 1)

Es el comienzo que me llama y hace que, como en aquella otra tarde, me siente a leer hasta, y casi sin darme cuenta, terminar las trescientas cuarenta y ocho páginas. También yo, aunque sí las conozca, estoy entre montañas.

Joaquín V. González, uno de los últimos exponentes de la generación del ochenta, ha conformado esta su obra a través de un sucesivo entramado de anécdotas y descripciones que permiten al viajero literario una aventura, que de sorpresa en sorpresa nos lleva al interior de la sierra de Velazco, en la provincia de La Rioja. González, incapaz de convertirse en espectador desapasionado confiesa una propensión emotiva que ata sus evocaciones del terruño e introduce al lector en un mundo real presentado de forma que impresione, maraville, denote y connote.

Estructurada en 21 capítulos, *Mis montañas* nos describe en primera persona un cuadro de costumbres riojanas, los lugares más ligados a la vida del autor: Chilecito, Nonogasta, Huaco y La Rioja capital, pudiendo distinguir tres planos en el contenido: lo informativo documentado (como “El Pucará”, “La Misión de San Francisco”), lo que ha visto y oído (“El indio Panta” y “El Niño Alcalde”) y lo que personalmente ha vivenciado el autor (como “La vuelta al hogar”, “La escuela”, “Las cosechas”). El estilo es a la vez ameno, y rebosante de figuras literarias, especialmente imágenes sensoriales de una belleza tan singular que casi son un objeto en sí mismas, imágenes que nos van insertando en la Cordillera, y provocan que avancemos junto al autor por un mundo en el que junto a lo visual prima la imagen auditiva o sonora, elemento vital sin el cual la composición pasaría a ser una mera pintura plana.

En realidad, se trata de la imagen auditiva que se forma en nuestra mente al escuchar un sonido o un conjunto de sonidos, y va mucho más allá de la visualidad. Lo auditivo en *Mis montañas* pone relieve, da vida y dimensión espacial agregando poesía a esta narración que se plantea entre lo autobiográfico, lo costumbrista y la conocida literatura de viajes de los años 80 del S. XIX.

Ferdinand de Saussure se ha referido a la imagen cuando habla de la “huella psíquica” de un sonido, es decir, todas esas impresiones interiores o imaginarias que detona lo que escuchamos, incluyendo, a través de ella, claro está, la imagen con la que inmediatamente la relacionamos.

Veamos cómo la imagen sonora nos muestra el pueblo abandonado temporalmente para la colecta de la algarroba:

“Los sapos que habitan el pozo entonan con voz plena sus recitados solemnes, como rezos oídos bajo las bóvedas de una catacumba; los cuervos, atraídos por los despojos de los ausentes, graznan en coro sobre el techo mismo del rancho, oliendo a los chilicotes, o grillos, salpican el silencio con sus gritos como ruidos de espuelas: las lechuzas llaman a los muertos, paradas sobre las cruces del cementerio contiguo a la iglesia, o vienen a anunciar al viejo abandonado, su cercana muerte; la serpiente de cascabel, enroscada en el tronco del árbol que sombrea el techo de la choza, o acurrucada en acecho entre los intersticios del muro de ramas, agita los anillos de la cola, hasta hacerles producir ese sonido que horripila y estremece...!” (González, 1893, p. 217)

Podríamos decir que González recurrió a una larga tradición en cuanto a la relación imagen-escritura que se remonta a la antigüedad clásica, y debe sus manifestaciones más conocidas a Simónides de Ceos, a quien Plutarco le atribuye la afirmación de que la pintura es “poesía muda” y la poesía “pintura parlante”. Así que la montaña na-

tiva, las noches en los bosques, el canto de los pájaros, las ruinas de viejas edades diseminadas en silencio sobre la tierra pedregosa, las costumbres típicas de La Rioja, adquieren para el lector vida y colorido inusitados, lo instalan en medio de la Cordillera.

Y allí, contentos pero respetuosos, haciendo repercutir sus cantos, rezos y músicas, reanimando las desiertas faldas y las sombrías grutas de la montaña, se encaminan en procesión los humildes aldeanos que gozan cuando creen, sin saber por qué, que no abrieron nunca otro libro sino ese de páginas de granito, eternamente abierto ante sus ojos; pero libro que habla, que canta, que llora y que ríe, con lenguaje, sonidos, lamentos y risas intraducibles en las artes humanas. Conjunto gracioso forman aquellos trajes blancos, encarnados, celestes y amarillos de las mujeres, las cintas ondulantes y las alfombras vistosas que les sirven de manta sobre las ancas de las cabalgaduras. Y los tristes gemidos del violín rústico, los golpecillos timbrados del triángulo y los ecos casi fúnebres de la caja...” (González, 1893, p. 30)

El concepto de “imagen” aparece en *Mis montañas* en el sentido dado por el neurofisiólogo Damasio, quien distingue dos tipos de imágenes: las perceptuales y las rememoradas. Ya desde el comienzo son las imágenes auditivas perceptuales las que van despertando el paisaje a medida que es recorrido y rememorado:

“¡Qué armonía tan grandiosa la de aquel conjunto de sonidos aunados en la altura en la profunda noche! El torrente que salta entre las piedras, los gajos que se chocan entre sí, las hojas que silban, los millares de insectos que en el aire y en las grietas hablan su lenguaje peculiar, el viento que cruza estrechándose entre las gargantas y las peñas, las pisadas que resuenan a lo lejos, el estrépito de los derrumbaderos, los

relinchos que el eco repite de cumbre en cumbre, los gritos del arriero que guía la piara entre las sombras densas, como protegido por genios invisibles, cantando una vidalita lastimera..." (González, 1893, pp. 4-5)

A estas se van sumando las imágenes auditivas recordadas que aparecen al evocar un recuerdo, el que esas mismas imágenes construyen en el cerebro a partir de datos sensoriales de experiencias propias. Es el caso de esta imagen que encabeza el encuentro del grupo que conforma el autor y sus acompañantes con un conjunto de campesinos que se dirige a festejar Semana Santa:

"Descansábamos a la sombra de un sauce gigantesco, a cuyo pie surgía en borbotones, del fondo de la tierra, por entre pajonales y berros un arroyo cristalino, cuando escuchamos el rumor de una cabalgata que se acercaba al son de una música criolla compuesta de un violín, de un triángulo y una caja de sonidos roncós, acompasados e interrumpidos por los accidentes del camino". (González, 1893, pp. 27-28)

Pero también se suman aquellas imágenes sonoras que se construyen a partir de hechos referidos por otros, las imágenes recontadas, reconstruidas:

"... [San Francisco Solano] bajo el ramaje de aquel árbol solía sentarse a tocar su mágico violín, con el cual atraía las puebladas de indios fascinados por los sonidos de una música que para ellos, tan inclinados a todo lo que venía de la región incógnita del cielo, debía ser sobrenatural". (González, 1893, p. 112)

Quien lea con atención la obra no podrá pasar por alto el uso consecuente de la imagen auditiva, imagen que va mucho más allá de complementar la visualidad presentándose como el conjunto de

percepciones mentales que integran no sólo evocaciones de la vista, también de otros sentidos, así como reacciones emocionales y aún físicas, ya que si bien la precisión del tempo dentro de una imagen auditiva generalmente sufre cuando se recuerda, se conserva la consistencia de su percepción.

Mis montañas es, sí, literatura de otra época, una obra que ha quedado casi olvidada y a la que sin embargo debiéramos volver y revalorizar. Nadie como Joaquín V. González mostró a través de la palabra la inmensa naturaleza que despliega la Cordillera de los Andes. Cuando leemos las páginas de este libro, nuestra sensibilidad se estremece, y es ese mundo luminoso y de una belleza casi enceguecedora, ese mundo natural e inocente, virgen y otras veces brutal y primitivo, el que despierta en las páginas que nos sacuden con la sola presencia de las imágenes auditivas que se van encadenando una detrás de otra. A través de ellas vemos y oímos, todo está ahí, y mientras dure la lectura será casi imposible no pensarse entre las montañas.

La narrativa actual se orienta generalmente al desarrollo de la acción y ha reducido al mínimo, cuando no descartado, la belleza de las descripciones, casi olvidando que es mediante los sentidos que interactuamos con el mundo que nos rodea.

Dentro de las descripciones de *Mis montañas*, la imagen auditiva es la que interviene en la captación de los denominados "paisajes sonoros" que son como "la voz" de la escena, allí todo suena en nosotros y a nuestro alrededor, pero desgraciadamente nos hemos acostumbrado a no escucharla.

Enfrentado a esta novela llena de resonancias, le incumbe al lector un papel de participación activa. Nuestra experiencia nos dice desde que nacemos que todo lo que se mueve normalmente hace ruido, y siempre estamos en un constante diálogo sonoro con el medio que nos rodea, aún en la quietud del silencio. En esto radica el espectáculo que nos puede brindar la literatura: frente a nuestros ojos están las palabras, a través de las cuales emergen las imágenes sonoras, y a través de su música, la vida.

Bibliografía

- Damasio, Antonio (1994). *Descartes's error*. New York: Grosset-Putman. Impreso.
- Galí, Neus (1999). *Poesía silenciosa. Pintura que habla. De Simónides a Platón: la invención del territorio artístico*, Barcelona: Acantilado. Impreso.
- González, Joaquín Víctor (1893). *Mis montañas*. Buenos Aires: Imp. Coni. Impreso.
- Johnson, Mark (1987). *The body in the mind. The Bodily Basis of Meaning, Imagination and Reason*. Chicago: The University of Chicago Press. Impreso.
- Lorda Iñarra, Joaquín (1991). *Gombrich. Una Teoría del arte*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias. Impreso.
- Saussure, Ferdinand de (1998). *Curso de lingüística general*. Madrid: Editorial Alanza. Impreso.

Lucía Del Valle Cáceres



Vive en la ciudad de La Rioja. Es autora de numerosos trabajos, entre ellos *La Ciudad de los Zorros* (ensayo político), *Los Ojos de Allá* (ensayo literario), *Por qué la escuelita* (ensayo testimonial), *Utopías con la Tiza* (ensayo testimonial), *Chiribín Chin Chin. Antología de Literatura Oral Infantil Regional de La Rioja* y *Huella/s de los Carreros* (ensayo sociológico e histórico). Ha recibido premios por su labor y ha escrito también varios artículos de investigación histórica.

Pro patria vivere o pro patria mori

*¿Por qué decir nombres de dioses, astros,
espumas de un océano invisible
polen de los jardines remotos?
Rosario Castellanos*

Hay una obligación desde la ética de la mirada, nombrar a quien vivió un tiempo de fertilidad literaria en la patria argentina. La prioridad es hacerlo con las nuevas voces de las nuevas generaciones. Nombrar al hombre, al literato don Joaquín Víctor González, es fortalecer nuestra identidad desde una época de glorias y penumbras. El pronunciar los significados, lejos del extrañamiento de la indiferencia, es para destacar que su figura no es la *espuma invisible de un océano*, sino el polvo pegajoso del suelo riojano. Su labor icónica en la corriente del positivismo espiritual no puede perderse, porque nos enseñó a vivir con la necesidad de la transparencia.

Desde el polen de los jardines remotos, sobresale la fragancia en cada página. ¿Qué sentidos buscó el escritor mediante su escritura? Existir. Con la pulsión del músculo, con la imaginación para desnudar la realidad de una gloriosa nación. Porque “la palabra es la casa del hombre”¹, Joaquín escribe bajo el impulso del ensimismamiento, en

1 Término que le pertenece a Martin Heidegger.

la hondura de los silencios, entre la sabiduría de las siete piedras esculpidas en el jardín del Samay Huasi², en la creencia de que los sabios lo acompañan en su estancia veraniega. ¿Cuál de ellos lo persigue por las noches? ¿Tales de Mileto, Solón? Un sino dialogante entre las aves cantoras y la brisa de azahares y rosales; allí... la tranquilidad dibuja ecos. Un lugar de alboradas, donde la tierra brota en manifestaciones y la luz da brillos a los sueños. El Joaquín íntimo piensa. Su alma inquieta se acerca a los sentimientos, a las seducciones que envuelven a la infancia, con matices de presencias y ausencias, en los olvidos desde la adultez erudita o desde un corazón encallecido que se ahoga. En “El problema fundamental”³ de su libro se descubre. ¿Tanta oscuridad brota a causa de la distancia con la niñez? ¿Por qué se agita el soborno para que no pueda ver los aconteceres derramados en las cosas simples, las que fortalecen la vida en su derrotero?

Patria es un libro que nace desde los resabios del periodo “espiritualista o romántico”⁴, corriente opuesta al materialismo del siglo XIX. Escritura pulida, alejada de las imposiciones, de los deberes irrestrictos, de la memoria acumulativa o la repetición cantarina en las infancias de las aulas. No hay un lenguaje especializado, con pretensión didáctica de ofrecer claridad. Recorrer hoy las hojas amarillentas y sedosas enamora, un sin fin de cadenas literarias cultivan el deseo y el deber, la reflexión y la belleza, las palabras y lo sagrado. Hogar, Escuela, Naturaleza, Suelo, Hombre, Fuerza, Pueblo, Espíritu, Patria, son palabras fundantes. Joaquín se mueve con gusto, se entrega a ellas con la confianza honesta, las ama, les da la belleza del sentido y el significado sustentable que todo argentino —aún hoy— necesita. ¡Este es “**Pro Patria Vivere**”! El escritor nos conquista con una estética de la patria como vida.

2 Casa Natal en Chilecito, en el Dpto. homónimo. La Rioja.

3 González, Joaquín Víctor (1911). *Patria*. Buenos Aires: Cabaut y Cía. Editores. 4ª Ed. p. 9.

4 Martínez de Codes, Rosa María. *El pensamiento Argentino 1853-1910*. Madrid, España: Universidad Complutense. p. 237.

¿Por qué la tendencia de conservar la vida, luchar por ella y rodearla de todos los encantos y atractivos posibles, desaparece ante el temor o la perspectiva de una extraña ofensa? No es, por tanto, el amor de la patria una cualidad adquirida, ni un conocimiento posterior, ni menos una convención.⁵

La corriente romántica elige concepciones únicas, que se fortalecen mediante la escritura en las travesías de autores literarios. No caen en la copia eurocéntrica. Los escritores crean una autonomía cultural localista que refuerza a la política como un estilo de vida. Los hombres cultos buscan bases para pensar la Patria como *“el hogar [que] transmite con el calor materno y la santidad del culto doméstico [...] la escuela convertida en hogar de la inteligencia, en regazo visible de la gran madre ideal que llamamos Patria”*⁶. La escritora Sylvia Nogueira refuerza la concepción del romanticismo argentino, el que despuntó con letras enfáticas y creencias políticas. Los escritores se expresan cómodos en un escenario épico.

*Busca lo local a través de la lengua, incorpora regionalismos
[...] Aquí no hay castillos medievales que inspiren, [...] hay ruinas de imperios indígenas o, más al sur desiertos y barbaries.
[...] El paisaje-actor no queda intacto tampoco; no solo geografía, adquiere historia.*⁷

Para leer el libro Patria, dice el autor, se requiere de la “necesaria condensación metódica dentro una labor dispersa”⁸. ¿A qué llama labor dispersa? ¿Por la difícil tarea de unir visiones en un país joven? ¿Por el escepticismo de tejer con hilos rústicos texturas ásperas, cuando se anhelan las sedosas y compactas que merece una civil Nación?

5 González, Joaquín Víctor. Op. Cit. Cap. I. p. 13.

6 *Ibíd.* p.10.

7 Nogueira, Sylvia. *Historia de la Literatura Argentina*. Colegio Nacional de Buenos Aires. Auspicio del gobierno de Buenos Aires. Fascículo 8 Página 12. p 119.

8 González, Joaquín Víctor. Op. Cit. p. 7.

Podemos preguntarnos si la Patria “es una región superior donde se conforman todos los corazones, se hermanan todos los ideales, se combinan todas las fuerzas”⁹.

A fines de 1890, el nuevo orden argentino había avanzado; incluso los engranajes de la maquinaria estatal funcionaban perfectamente. Desde la construcción de las representaciones mentales de la época y las actuales, el libro *Patria* es un canto a las glorias adquiridas, al pensamiento sociológico y a los movimientos filosóficos y culturales como el romanticismo melancólico en el diario batallar entre la soledad encallada de cada escritor. Argentina encaja en “un lugar en el mundo”. ¿Por qué se plantea en este trabajo la frase “**Pro Patria Mori**”?

El pasado es la materia prima de la Historia y legítima todo trabajo. El pasado confirma que es un error pensar que la Iglesia usó por primera vez el vocablo patria. El término patria aparece en la ciudad de Lieja. Allí se la estudió, en la evolución y en su contenido, gracias a Jean Lejeune cuando dice que: *el corazón o el espíritu abrazaron un marco territorial*¹⁰.

*En el interior de esta modalidad de patria se refuerza en las vinculaciones humanas reforzada en la unión como necesidad obligada en torno del obispo con el objeto de conjurar los peligros exteriores. Una patria que nace antes y fuera de cada individualidad o presencialidad.*¹¹

Se infiere que no hay un aura espiritual, que envuelve los sentimientos comunes entre los hombres. Se necesita “*El corpus mysticum*” el sentimiento común y básico de las naciones robustas como cuerpos. ¿Qué lógica usamos para el deber de morir por la Patria? ¿De dónde viene el concepto?

9 González, Joaquín Víctor. *Op. Cit.* p. 33.

10 Touchard, Jean (1996). *Historia de las ideas políticas*. Madrid: Editorial Tecnos. p. 178.

11 *Ibid.* p. 179.

*Su valor está en las Cruzadas. Morir en esas batallas equivalía al martirio; como precisó Urbano II, quienes morían en la cruzada valía no solo morir por el amor a Dios, sino por el amor de sus hermanos, es decir alcanzaban el supremo grado de caridad que liga el amor de Dios con el prójimo.*¹²

Don Joaquín separa a Dios y a la Patria como entidades categóricas, pero no antagónicas, las ubica en la moral, un espacio donde hay incentivos para el placer y la expansión, la responsabilidad y el compromiso, la fe y el trabajo, tanto en hombres y mujeres. *“Dios y patria tienen una realización visible: la religión tiene una iglesia; la patria tiene un gobierno”*¹³. El **Pro Patria Mori** pertenece más a la escolástica, al quietismo de las virtudes, a una estática corporeidad, casi muy individual que contrasta con el **Pro Patria Vivere**, que se fortalece en:

*[...] la tierra, la historia y la epopeya, que celebran la honra de una multitud, de un pueblo, de una nación y de sus descendientes que se levantan en medio de las vastas planicies las columnas de granito, mudas en su inenarrable elocuencia, ó en la tierra ennegrecida.*¹⁴

12 *Ibid.* p. 179.

13 González, Joaquín Víctor. *Op. Cit.* p. 76.

14 *Ibid.* p. 120.

Ana María Merlín



Es abogada especialista en Derecho de Familia, pintora, escritora, premio fundación Givré, investigadora. Autora de *La hora del nieto*, interpretación simbólica del ExLibris de Joaquín V. González, editado por el Congreso de la Nación.

Ascensión - viaje poético

Quince años. En 1878, el joven Joaquín habita una pieza de pensión en la ciudad de Córdoba. El Colegio de Monserrat ha cerrado los claustros, de modo tal que si desean los internos continuar sus estudios ahí mismo, no queda otra alternativa más que buscar alojamiento extra muros. Eran escasos sus recursos económicos, razón por la cual *su vivienda de estudiante no era sino el espacio contenido por cuatro paredes y un techo, sin más abertura que la puerta de calle para la luz y para el aire. Estudiaba ante el público, medio escondido detrás de la puerta entornada*. Sus horas de estudio eran el atardecer y la noche.¹ La ciudad de Córdoba suele ser particularmente calurosa en verano. Por eso, lo primero que hacía el joven estudiante al llegar a su pensión era abrir de par en par la puerta, que era además la única ventilación con que contaba. Al abrirla se le aparecía, como un cuadro enmarcado en el contrapecho de la ventana, la vereda, la calle y la casa de enfrente como todo paisaje.

A la hora del crepúsculo, al balcón de esa casa de enfrente se le sumaba la silueta de una dama, de la que apenas se percibía su estampa recortada entre brumas. Sin embargo, a pesar de la poca claridad, traslucía un dejo de dulce languidez en los movimientos lentos, en la mirada perdida. Se enamoró locamente de esa imagen.

¹ González, J.V. O.C., To. XVIII, p. 94.

*...una mujer, el alma de esas flores tímidas del balcón solitario, asomó lentamente, con los ojos fijos en el sol agonizante, cuyo reflejo de fuego envolvió en una llamarada súbita su semblante doloroso.*²

Desde que la vio por primera vez, sólo esperaba el regreso a su cuarto para contemplar su figura recortada a la hora del crepúsculo. Sin embargo, un sentimiento oscuro le perturbaba el sueño.

*...aquella escena vista como en el escenario de un cuento fantástico, asediaba mi cerebro... Llegué a creer que nacía en mí ser un sentimiento desconocido, profundo, avasallador; pero ninguna fuerza impeliame a acercarme a ella... y pasé la noche atormentado por una duda horrible: ¿si mañana al ponerse el sol saliese de aquella humilde morada un cortejo mortuario!?*³

La vieja y nutrida biblioteca de sus abuelos Dávila lo habían conectado desde niño con las lecturas románticas: Chateaubriand, Chactas, René y la cautivadora poesía salmúdica habían penetrado en la ternura de su corazón. De modo que el encuentro con la imago de aquella mujer reflejo de sus sentimientos más recónditos anidó en un terreno fertilizado previamente. Después de aquel rapto siniestro, volvió a verla en el balcón los siguientes días.

*... y me convencí, al cabo de muchos días, que yo adoraba a aquella mujer con una pasión extraña, como al supremo infortunio, como a la divina melancolía.*⁴

Nunca un saludo, una mirada, tal vez ella ni siquiera sospechó su presencia. *Jamás, durante los largos días de contemplación silenciosa a mi amada pensativa, recuerdo haber solicitado su atención ni su mirada... Era para mí una sagrada, una inviolable actitud reveladora de un gran misterio, de una religión íntima, de un voto cuya ruptura atraería las cóleras de la divinidad... No, no lo habría hecho nunca, y nunca perturbé su dolorosa contemplación del crepúsculo del sol expirante.*⁵

2 Idem, p. 95.

3 Idem, p. 96.

4 Idem.

5 Idem, pp. 96-7.

El verano llegó. Diciembre marcaba la vuelta al pago. Pero esa nueva temporada veraniega que se insinuara tantas veces dichosa años atrás percutió en su ser enamorado como el gong final al vencido, como el martillo del juez al condenado.

¡Ah! ¡Llevaré hasta mi último instante el recuerdo de su despedida!... aquel balcón no se abriría más... y en la reja por donde los clavos asomaban sus cabecitos, rojas, había un papel blanco en señal de alquiler.⁶

Nada dice el doliente enamorado de sus sentimientos durante su estancia en La Rioja. Podemos suponer que a su corazón adolescente lo aplacó el bullicio familiar, que el reencuentro con los amigos distrajo su atención y hasta quizás que menguó la impresión que en su alma había causado esa dama de la que no conocía siquiera el nombre. O tal vez, dada la intensidad de su aflicción, podemos suponer que a la hora del crepúsculo, cuando el Velasco se tiñe de rojo, una garra le oprimía el corazón y su figura se le aparecía repentinamente en cualquier parte. Tres meses después llegó anhelante a su cuarto de pensión, a su cita secreta. Los días pasaban sin verla. Pensó que estaría de vacaciones en las sierras cercanas. Pero como seguían transcurriendo las semanas sin que la figura de la dama apareciera recortada en el balcón de la casa de enfrente, un día se atrevió a preguntarle a la dueña de la casa de pensión sobre la inquietante vecina.

—Ha muerto —recibió como toda respuesta... murió durante su ausencia.

Respondiendo a un impulso irresistible, se encaminó al cementerio, encontró su tumba y allí dejó su ofrenda: su primera lágrima de hombre y su última ilusión de adolescente.

Así se inició en las lides del amor; así debutó en el resbaladizo territorio de la pasión; así fue como la fantasía fue cincelandole prolijamente el cristal intacto de su alma.⁷

⁶ Idem, p. 97.

⁷ Julio V. González. El místico de Samay Huasi.

¿Ha sido esta su Primera decepción amorosa? ¿O la encarnación de una Beatriz dantesca que vino a llenar sus ansias voraces de romanticismo?

Ha sido atravesado por el sentimiento del amor. Al igual que sus admirados Dante y Novalis, ha experimentado la tristeza de la muerte de la amada.

Joaquín V. González se graduó del viejo Colegio de Monserrat, en el mes de diciembre de 1880.

Fue muy exitoso en los estudios a los que se entregó con abnegación y constancia. Mas el quiebre emocional por la soledad instalada con mayúsculas, más la sobreadaptación a las sobreexigencias de una sociedad nueva y la muerte de sus padres, le generó una insaciable voracidad por el conocimiento acompañada de un hondo recogimiento espiritual.

Hete aquí la capacidad de adaptación al medio y las circunstancias; y la pulsión de supervivencia puesta en acción pese a todo.

Con respecto a tristeza, se reconoce abiertamente poseído por aquel. Ya mayor recuerda sus sentimientos tempranos diciendo: *Los demás niños tenían en el pueblo sus familias y sus entretenimientos; eran dueños de la tierra; mientras yo, lejos de los míos, hallaba hielo en todas partes, y empezaba a invadirme el mal de la ausencia y a ponerme triste, amigo de las horas melancólicas y de los objetos que adulasen mi naciente enfermedad.*⁸

Son equivalentes las descripciones que hace de sus solitarios paseos los días domingo en los que se imagina a sí mismo formando parte del cuadro congelado de una foto postal. Esta misma melancolía se deja ver en la pena que siente por la vecina muerta.

Así nace **Oscar**, ¡el poema! “de corte romántico”, logrado sobre una apretada y a veces confusa trabazón de simbolismos e imágenes torturantes. Domina en él la lírica subjetiva, se define como el canto pasional de un alma estremecida por el eco lastimero que arranca el dolor

8 Ídem, p. 212.

sin esperanza ni alivio. Era este el modo ficticio y enfermizo, propio de los poetas románticos de la época, que rendían su alma en sollozos ante la indescifrable fatalidad de la existencia⁹. Las palabras y frases demostrativas del desconsuelo que le provoca la impotencia se agolpan a tropel en los primeros versos. Sentimiento de pura rendición tanática, en el que prima el “abismo”, la “gangrena”, el “martirio”, la “fiebre”, el “infierno”, la “tumba” y el “delirio”.

La catarsis semántica abre las válvulas exclusas al infinito dolor; permitiéndole entonces llenar el vacío que queda con la asunción plena de la realidad que le toca vivir al personaje, volcada en los versos pentasílabos. Dicha asunción se expresa con la aparición consoladora de la “lágrima hirviente”, que viene a lavar con “agua y fuego” la escoria de la impotencia y la frustración.

En los versos 14, 17 y 18 expresa cuál es su concepción del amor. Habla de arcanos, lugar en el que se guardan celosamente “los misterios” del alma, y “del alma que lleva impresa la eterna llama de un amor eterno”.

La “lágrima hirviente” que rueda desde el “fondo del alma ardiente” es la voz del cuerpo diciendo: ¡ya entendí!

Aceptación esta de la fugacidad indeclinable, de la incertidumbre -como certeza- de la humana existencia. Pero a la vez contrapuesta a la “certidumbre” con características de certeza “absoluta” de un amor eterno. La vida se impone entonces. Encuentra un vericuetos. Una rendija. Un espacio intersticial por el cual escapa de la opresión de las tinieblas hacia un ámbito abierto y luminoso.

A la mudez de *Lelia*, que “no existe ya!”... se opone la voz del “siglo gigantesco” que a su lid lo llama; pasando así del encierro y el dolor por la pérdida a la libertad prometeica a la que accede por el puente del pensamiento humano que al *hombre alza y sublima*.

Por fin, los últimos versos indican el momento del escape triunfal, de la victoria contra la muerte, de la potencia humana derrotando a su verdugo: la ignorancia. Si el pensamiento al hombre alza y subli-

⁹ Julio V. González. El místico de Samay Huasi. Ed. Privada. Pp. 34-5.

ma, ¿qué otra cosa sino “sublimación” es la resultante del cambio de estado que se produce cuando el ostracismo desesperante ante la sensación de la pérdida del amor único y eterno vira hacia la lucha terrenal en pro de la consecución de los grandes, humanos ideales líberos de cualquier clase de esclavitud, yugo e ignorancia? Ese era el crepuscular estado espiritual del joven Joaquín, pero con visos de amanecer. Zambullido a pleno en los abismos tenebrosos, demolido por la fatalidad e interinato de la existencia... encuentra en los sueños libertarios una salida vital del mundo fantasmático de sus horrores y frustraciones.

Quiero destacar que el protagonista del poema *Oscar* es un ser que *lleva en el alma impresa la eterna llama de un amor eterno*.

¿Es el de Leila la llama de un amor eterno, Amor espiritual y platónico, Amor in-abstracto, Amor al Amor?

Su primera lágrima de hombre y su última ilusión de adolescente fue la ofrenda que le dejó a una joven de la que se enamoró distante y en silencio.

La “noche negra del alma”, pasaje previo y necesario a la iluminación de la que es mentor innegable San Juan de la Cruz –fuente literaria y mística de González–, se había instalado en los años previos en su corazón. Mas, así comienza a amanecer a medianoche; también germinaban en la tierra de su tristeza las ansias de florecimiento y fructación. Como una morada flor de loto.

El poema *Oscar* fue dado a luz (léase enviado a quien fuera dedicado) el 14 de julio de 1882, día del aniversario de la Revolución Francesa. Pensemos entonces en todas sus implicancias simbólicas que apareja el ideal de libertad en este caso²⁶, sobre todo teniendo presente que para entonces ya había ingresado en la Logia Piedad y Unión de los Libres y Aceptados MASONES de la ciudad cordobesa¹¹

10 Ídem, p. 36.

11 Archivos privados. Gran Logia Argentina de Libres y Aceptados MASONES de la ciudad de Buenos Aires.

cuyo tríptico emblemático se sustenta en los principios de la revolución francesa: libertad, igualdad, fraternidad.

Es dable aplicar la dialéctica hegelina del amo y el esclavo, la cual postula que sólo se llega a la libertad luego del pasaje por el estadio de esclavitud. Siguiendo con este razonamiento; si del poema Oscar se desprende el ansia de liberación de aquello que lo oprime y esclaviza, o sea, si es correcto que Joaquín en su "*lirica romántica y suicida*" (como él mismo la denominó años más tarde en una objetiva retrospectiva) manifiesta que se encontraba atravesando un oscuro período de su vida, es lógico pensar que su ser se encontraba listo para un salto cuanti-cualitativo hacia la propia liberación de sí mismo. El nacimiento de *Oscar* en el mes de julio de 1882 puede interpretarse también como una premonición, como un anticipo de la llegada al cielo del planeta, meses más tarde, del Gran Cometa de septiembre de 1882, que con su luz y brillante cauda le abrió al joven Joaquín –a los diecinueve años– el camino a las más altas virtudes de su pensamiento y la acción, despertó en su estro las más nobles y excelsas vibraciones para iluminar a la humanidad toda, dándose a sí mismo el *impulso irresistible de tocar a la cumbre*. Como a Pierre en *Guerra y paz* de Tolstoi, a quien lo transforma la visión del Cometa de 1810; al igual, el impacto sufrido en su juventud transforma a Joaquín para que, en su madurez de cincuenta y dos años, en misión redentora, diera a luz su magnífico mensaje de esperanza y bienaventuranza con su poema Canto al cometa de 1882.



Edulp

Este libro recoge los trabajos ganadores del Concurso “Joaquín V. González” 2023 organizado por la Sociedad Argentina de Escritores Filial La Plata en el marco del acuerdo firmado entre la SADE y la Universidad Nacional de La Plata. 2023 fue declarado “*Año Gonzaliano*” en conmemoración del centenario del fallecimiento de quien fuera el autor de *Mis montañas* y primer presidente de la Universidad Nacional de La Plata. Y la SADE adhirió a través de este concurso y otras actividades, a dicha celebración. Con la presente publicación, materializada a través de la Editorial de la Universidad, la Sociedad Argentina de Escritores Filial La Plata cumple el compromiso asumido al lanzar por cuarto año su concurso en esta nueva etapa de la institución. Tanto la organización del certamen como la concreción de este libro han demandado a ambas instituciones esfuerzos en recursos humanos y materiales, sin duda todos ellos necesarios para aportar un nuevo estímulo al colectivo de escritores de una ciudad con tan larga y profunda tradición literaria y universitaria.

